
BELLACO SOIS, GÓMEZ

Personas que hablan en ella:

- **Doña ANA**
- **BOGEGUILLAS**
- **Don GREGORIO**
- **MONTILLA**
- **Tres COCHEROS**
- **Tres ESTUDIANTES**
- **Doña PETRONILA**
- **Don FRANCISCO**
- **Un ALGUACIL**
- **Tres ESBIRROS**
- **MELCHORA**

ACTO PRIMERO

*Salen doña ANA, de hombre, como de camino, con
la cruz de San Juan al pecho, y BOCEGUILLAS,
gracioso*

BOCEGUILLAS: Ésta es la venta maldita
que intitulan de Viveros,
con su alameda, que enana,
ha sido a tanto suceso
otra selva de aventuras.
Aquí tienen su colegio
los grajos de esta comarca,
cuyos pollos los venteros
bautizan en palominos;
y a todo escolar hambriento

le dan grajuna fiambre
en lugar de perro muerto;
aquí cuantos se ensotanan,
se matriculan primero;
en todo dama bullaque
todo jácaro cochero;
aquí, en fin, si hacemos noche,
te espera, cuando cenemos,
vino del Monte Calvario,
pan como un veintidoseno;
rocín-ternera en adobo,
barbo, esto sí, jarameño,
corto mantel de la Mancha,
pie de taza por salero,
y, en llegando el *tanto monta*
aceitunas de reniegos.

ANA: ¡Ay, francesas hosterías!

BOCEGUILLAS: Dicen que el rico avatiento
fue de Francia.

ANA: Anda, borracho,
Pilatos, sí.

BOCEQUILLAS: Soy un necio.

Dentro voces y riña

ESTUDIANTE 1: ¡Aquí de todo el Alcarrial!

COCHERO 1: ¡Aquí del cochero gremio!
¿Ramos? ¿Garrancho? ¿Palomo?
¿Juan el Zurdo? ¿Gil el Tuerto?

ANA: ¿Por qué serán estos gritos?

*Salen con terciados tres ESTUDIANTES con gíferos,
tres COCHEROS y MONTILLA con daga, riñendo*

BOCEGUILLAS: Pendencia es, sin duda, en cueros,
vel jarros, pan cotidiano
de sopistas y cocheros.
Calla y verás maravillas.

ANA: Pues aquí nos retiremos,
que gusto de carambolas
semejantes.

BOCEGUILLAS: Toma puesto.

ESTUDIANTE 1: ¡Fuera dije!

COCHERO 1: ¡Vive Cristo!
¡Téngase todo gifero,
todo gorrista terciado,
todo bribón de convento!
¡El codillo ha sido burro
a pagar de mi dinero!

ESTUDIANTE 1: Pues repóngalo.

MONTILLA: ¿Qué llama
reponer, aunque sobre eso?

ESTUDIANTE 1: No hay sobre eso o sobre esotro;
yo soy juez y lo sentencio.

MONTILLA: Aunque lo sentencien cuantos
aran y cavan.

Sale don GREGORIO

GREGORIO: ¿Qué es esto,
Montilla? Pues tú alborotas
la venta.

MONTILLA: Quieren con fieros,
porcionistas y arremulas,
meternos aquí los dedos
por los ojos.

COCHERO 2: A él le digo
tenga un poco de respeto,
que aquí toda es gente honrada.

MONTILLA: ¿Quién lo niega?

GREGORIO: ¿Por qué es ello?

ESTUDIANTE 1: No es más que por treinta cuartos.

GREGORIO: ¿De qué los debe?

ESTUDIANTE 2: Del juego.

GREGORIO: ¿A qué jugabas?

MONTILLA: Al hombre,
y oiga vuested si los debo.

Yo era, postre; salió un cinco
de bastos; robéle en premio
de que me entró el as garrote,
el rey, la sota y, con ellos,
el tres, que hacen cinco triunfos;
baldéme de copas luego,
porque ya lo estaba de oros;
los otros dos compañeros
casi todos carta blanca
pasaban; pero, soberbio
el que era mano, se hizo hombre
cuando se vio, escuche el cuento,
con la trinca coronada,
malilla, espada y tras éstos,
otros dos con el caballo
el el as de oros. Dijo, "Empiezo,"
sacó el rey doblón, ahorquéle;
el cinco, de espadas juego;
atraviesa el socio un triunfo
con que el hombre sin remedio
se halló de otro rey baldado;
lo mismo fue el rey tercero,
de copas, que imitó a Judas,
ahorcado de pie de perro;
vuélvole por las espadas,
que se llevó sin remedio
el tal hombre, atravesando
entonces los cuatro leños;
triumfa con la espada; sirvo
con el cinco; hago lo mesmo
con la sota, a la malilla;
y quedóse el pobre guero
con sólo un triunfo a caballo,
mas con el rey se le pesco;
vióse el dicho con tres bazas,
con un par los compañeros,
yo con tres, y faltaba una
tan solamente. Aquí es ello.
Enseñéles en la mano,
para rematar el pleito,

por última carta el basto.
Dicen, pues porque me meto,
habiéndole visto todos
en la baraja y no le echo.
en la mesa, que fue burro;
que el codillo por él pierdo
y que reponga la polla.
¿Sentenciara tal Gayferos?

ESTUDIANTE 2: Sentenciáralo una mula.

MONTILLA: ¿Por qué?

ESTUDIANTE 1: Porque dio recelos
de que jugó con diez cartas
y, la décima, encubriendo
debajo del basto, quiso
darnos papilla, con miedo
de que, echando los dos naipes
en la tabla, y manifiesto
el burro, no le pagase.

GREGORIO: Ahora, amigos, chico pleito;
sirva por mí este doblón
de montante.

Dásele

ESTUDIANTE 1: ¡Caballero!
¡De veinticinco quilates!
¡Por Cristo!

A MONTILLA

COCHERO 2: Eche acá esos huesos,
que es muy honrado el Montila,
y, esta pendencia mojemos.

MONTILLA: Yo, por mí.

ESTUDIANTE 1: Pues, yo, por mí.

Danse las manos

COCHERO 2: Chata, saca vino y queso.

ESTUDIANTE 2: ¡Victor el *dona pecúnias!*

¡Victor el *accipe argentum!*

COCHERO 1: ¡Victor también en romance!

¡Vive el coime!

ESTUDIANTE 1: ¿No bebemos?.

Éntranse ESTUDIANTES y COCHEROS

BOCEQUILLAS: En estacadas viciosas

no hay otras leyes del duelo
más de que, herido sin culpa,
ponga la sangre un pellejo.

ANA: Boceguillas, mal aliño

en la dicha venta vemos
para pedir gollerías.

Luna hace.

BOCEGUILLAS: ¿Y es barro el fresco?

ANA: Pues, alto de aquí. ¡A ensillar!

GREGORIO: ¿Vais a Madrid, caballero?

ANA: Voy; muy a vuestro servicio.

GREGORIO: Si desde aquí a allá merezco

aliviaros lo penoso
de la soledad, lo mismo
quisiera excusar con vos.

ANA: Interesado lo acepto.

GREGORIO: ¿De dónde venís?

ANA: De Italia

y Nápoles, por lo menos.

¿Y vos?

GREGORIO: De Calatayud

agora; aunque ha poco tiempo
que milité en Lombardía.

ANA: ¡Oh! Pues, siendo ansí, tendremos,

para tres leguas que faltan,
gustoso entretenimiento.

Ea, no hay sino picar.

GREGORIO: Sufríos un poco y cenemos.

ANA: En venta y con tanta bulla
hallaréis mal aparejo.

GREGORIO: Yo traigo lo que nos baste
para tomar un refresco.
¡Montilla! Dentro ese bosque,
que más parece bosquejo,
cenaremos sin ruido.
Busca el sitio más a cuento
y más libre de embarazos,
y en él la cena prevennos.

MONTILLA: A registrar las bizaras
voy como un lebrel.

GREGORIO: Traemos
con cuatro frascos de vidrio,
agua, vino y nieve en ellos,
un corcho de Zaragoza
que, empegado por de dentro
y de baqueta el ropaje,
juzgo que no echaréis menos
cantimploras cortesananas.

ANA: Son prevenciones de cuerdo.

GREGORIO: Acompañale un jamón
de Molina, y os prometo
que a Rute y las Algarrobillas
se las apuesta.

ANA: Os lo creo.

GREGORIO: Cocióse éste en vino blanco,
clavos, canela, romero;
y está tierno como un agua.

ANA: Me aplico mucho a lo tierno.

GREGORIO: Vitela o ternera en pan,
del mismo modo un conejo
y una caja para postre.

ANA: Lo dulce es lindo. *Laus Deo.*

GREGORIO: Anda, pues, y date prisa.

ANA: Ayúdale tú.

BOCEGUILLAS: Para eso
hallárame todo rumbo
haldas en cinta.

ANA: Acabemos.

Vanse BOCEQUILLAS y MONTILLA

GREGORIO: ¿Es vuestro nombre?

ANA: Don Gómez

Dávalos.

GREGORIO: La que en el pecho
noblemente os califica
abona blasones vuestros.

ANA: Nací en Nápoles. Mis padres
de Ruy López descendieron,
el que en Castilla a validos
dejó lástimas y ejemplos.
Pero ¿cómo os llamáis vos?

GREGORIO: Don Gregorio de Toledo
y Leiva.

ANA: ¿Cómo dijistes?

GREGORIO: Toledo y Leiva soy.

ANA: (¡Cielos! Aparte
¿Qué es lo que oigo?)

A él

Originario

sois de España; pero deudos
en Nápoles, generosos,
conozco yo que, herederos
de aquel don Antonio, pasmo
de Francia, por quien vio preso
el alcázar de Madrid
al Valois de más esfuerzo,
se juzgan ya italianos.

GREGORIO: Uno, don Gómez, soy de éstos;
más que noble, venturoso,
si serviros a vos puedo.

ANA: Bésoos las manos; querría,
en fe de lo que ya os debo,
que algún buen hado me trujo

a este sitio a conoceros,
saber de vos cierta cosa.

GREGORIO: Llave tenéis de mi pecho,
basta ser Ávalos vos.

ANA: La mano otra vez os beso.

GREGORIO: Es para mí ese apellido
fatal.

ANA: Y viene con eso
lo que yo he de preguntaros.

GREGORIO: Decid, pues, que estoy suspenso.

ANA: Para más claras noticias,
don Gregorio, lo primero
que supongo es que en Milán
servicios de vuestro acero
os granjearon las plazas
más honradas, y, ascendiendo
por ellos, fuistes dos años
maese de campo de un tercio
de española infantería.
¿No es así?

GREGORIO: Estáis en lo cierto.

ANA: Lo segundo que supongo
es que, mediando ambos deudos,
pretendistes desposaros
en Nápoles ese tiempo
sin haberla jamás visto,
con una dama, que os puedo
afirmar que en lo virtuoso
fue el prodigio de aquel reino.
Doña Ana Dávalos tuvo
por nombre, que ya recelo
que desaires no ajustados
a vuestros nobles empeños
la tienen sin nombre y vida.

GREGORIO: Sentiríalo en extremo,
que es doña Ana el sol de Italia;
pero mejor lo hará el cielo.

ANA: Ahora, pues, que confesastes
todos estos presupuestos,
decidme, ¿con qué motivo,

habiéndola, en nombre vuestro,
dado la mano de esposo,
ausente vos, un tercero,
rehusastes ejecuciones
en cosa de tanto peso,
desacreditando fácil
la fe vuestra y su respeto?
Pues si os admitió doña Ana,
no por amor, que, sin veros,
mal pudiera enamorarse,
sino obediente a consejos
de canas, por quien se rige,
todos cuantos se los dieron
a instancia vuestra, agraviados,
no juzgan vuestro desprecio
menos que con causa mucha.
Y el escándalo, que ciego
echa siempre a la peor parte
con cualquiera fundamento,
en desdoro de doña Ana,
osa eclipsar el espejo
más claro que vio la corte
napolitana.

GREGORIO: Diréos,
ya que como consanguíneo
tan de parte suya os veo,
tres suficientes motivos
con que quedéis satisfecho,
y yo, con vos, disculpado.
Escuchad.

ANA: ¿Tres por lo menos
suficientes, Don Gregorio?
Decid, decid.

GREGORIO: El primero,
y que es más considerable,
fue el saber los galanteos,
después que por otra mano
me vi en sus coyundas preso,
del marqués Pompeyo Ursino,
siendo relator él mismo,

que vino a ver nuestro campo,
de favores que excedieron
permisiones cortesananas,
y aunque muchas veces celos
en quien ama perdidoso,
suelen alargar el freno
a la pasión destemplada,
y está indiciado Pompeyo,
como mozo, en esta parte
más que debiera, no es cuerdo
quien ignora que en los puntos
del honor siempre valieron,
si hay indicios opinables,
más los dichos que los hechos.

ANA: ¿Pompeyo favorecido
jamás de doña Ana?

GREGORIO: Aquesto
me afirmó no una vez sola.
Servíos, para que demos
fin a cuentos tan pesados,
no interrumpir los progresos
que me mandáis que os resuma.

ANA: Proseguidlos, que, si puedo,
me templaré lo que duren.

GREGORIO: Yo, pues, no a su amor sujeto,
como ni esa dama al mío,
pues, como advertís, sin vernos
fuera difícil amarnos,
y las sospechas tras esto,
de lo referido tuve
noticia de que, saliendo
de la esfera esa señora
que piden las de su sexo,
no bastidores, no agujas,
no estrados nobles y quietos,
no galas, común hechizo
en beldades de años tiernos,
su inclinación adulaban,
sino en el bridón travieso,
con la escopeta y el dardo,

persiguiendo al lobo, al ciervo,
al jabalí, al gamo, al oso,
discurrir bosques y cerros,
volar la garza, la grulla,
matar la perdiz al vuelo;
hojear en la quietud
de las tinieblas cuadernos
filósofos, comentarlas,
soltarles los argumentos
y, hecha academia su casa,
las noches de los inviernos,
en disputas semejantes
hurtar las horas al sueño.
Yo, que imaginaba entonces
ser marido de un sujeto
proporcionado a los nudos
del fecundo sacramento,
rehusé esposa que usurpase
las acciones a su dueño,
y con mujer para tanto
juzgué el tálamo molesto.
Salióme a esta coyuntura,
en la corte de estos reinos,
el lance más venturoso
que pude pedir al cielo,
porque doña Petronila
Leiva y Osorio, que a empeños
de amistad con un tío suyo
añade el del parentesco,
le hereda en un mayorazgo
cuantioso; y agora el viejo
castellano de Milán
la enriquece en su gobierno;
éste, que es íntimo mío,
ha sazonado deseos,
de que me acerque a su sangre
con vínculo más estrecho,
persuadiendo a su sobrina
lazos que alegren mi cuello
al tálamo, ya aceptado,

y, en fin, el último pliego
la posesión me asegura
con un retrato tan bello
que, cuando a costa del oro
mienta el pincel lisonjero,
no la opinión, no la fama,
que es, don Gómez, la que creo,
y me la pinta el milagro
de Madrid. Voy, en efeto,
a llamarme esposo suyo;
pues siendo vos tan discreto
tendréis estos tres motivos
por suficientes. Cenemos.

ANA: Tiene más dificultades
la cena, que ya no acepto,
de lo que habéis vos juzgado,
y en ella el plato primero
ha de ser reconveniros
en los desalumbramientos,
indignos de vuestra sangre,
con que avergonzaros pienso.
Intimaréolos ahora,
estéis a no estéis atento,
y Dios sabe, en acabando,
quién cenará o no. Yo vengo
desde Malta en vuestra busca,
donde, aunque mozo, año y medio
cumplí con obligaciones
del hábito que profeso.
Doña Ana fue hermana mía.

GREGORIO: ¡Doña Ana! Eso no, que tengo
certidumbre que ella sola
nació en su casa.

ANA: Esto es cierto,
y falsa esa certidumbre;
el mucho amor que la debo,
porque heredase a mis padres,
me obligó a la cruz que al pecho
el yugo excluye amoroso.
Baste lo dicho en cuanto a esto,

y en lo demás escuchadme,
veréis cuán sin fundamento
estriban vuestros engaños
en los motivos propuestos.
Pompeyo Ursino, que supo
la fama que en menosprecio
de mi hermana publicastes,
y del debido respecto
que se debe a tal Ursino,
afirma con juramento,
no sólo que no os ha hablado
en su vida acerca de esto,
más que nunca el competiros
le pasó por pensamiento;
porque, sin tener noticia
de mi hermana, otros empleos
a su amor proporcionados
le llevaron los afectos.
Sobre el caso os desafía
en una carta que dejo
en la maleta, y no sé
si habrá de dárosla tiempo;
veis aquí el primer motivo,
contra vos tan manifiesto,
que en lugar de acreditaros
os añade vituperios.
Como también el segundo,
porque en Italia no es nuevo.
Las mujeres de alta sangre
desmentir ocios molestos
en la caza y en los libros,
porque de pocas sabemos,
de las prendas de mi hermana,
que no alcancen, cuando menos,
a entender letras latinas
y ejercer por pasatiempo
ya el cañón, que imita al rayo;
ya el venablo y ya el acero.
No privó Dios a las tales
los ejercicios honestos

de las letras y las armas
si discurrir por ejemplos
sólo, entre las maldiciones
que en el delito primero
echó a la primera madre,
fue el sujetarla al imperio
del varón, consorte suyo;
y sé yo que este precepto
nadie con vos le guardara
cual mi hermana, a ser su dueño.
Luego viene a reducirse
en el motivo tercero
todo cuanto caviloso
en los dos habéis propuesto.
Y este también, vedlo vos,
más parece fiscal vuestro
que agente en vuestras disculpas;
porque si, como os concedo,
el no haber visto a mi hermana
fue causa que los incendios
de su amor no os abrasasen,
ausente en Milán, ¿qué fuego
amoroso os dio sus alas
para que, volando a tienta
a ver vuestra Petronila,
os hechizase tan presto?
Diréis que el verla en retrato.
Diré yo lo que vos mismo;
que son flojos incentivos
los pinceles y los lienzos.
El mayorazgo en la corte,
el interés avariento,
por más que aleguéis excusas,
hizo vuestro amor logrero.
Ya mi hermana, don Gregorio,
murió. Ya pide en el cielo
satisfacción de su agravio;
y yo, que en su nombre quedo
sucesor de sus injurias,
por ella y por mí pretendo

acreditar sus desdoras,
probándoos no lo haber hecho
según las obligaciones
que a toda mujer debieron
conservándoles la fama
los nobles y caballeros.
Desnudad la espada agora,
que en la justicia que alego,

Sácala doña ANA

fío que iréis a cenar
al otro mundo. ¡Ea!

GREGORIO: Templo,
rapaz, en fe de mis años,
vuestrs mozos desaciertos
por los pocos, aún no abriles,
que precipitáis soberbio.
Andad con Dios a la corte
y en ella me poned pleito.
Iráos mejor con letrados
que aquí con armas y fieros.

ANA: ¡Don Gregorio! ¡Don Gregorio!
Si acostumbrado a desprecios
con bellezas de mi sangre
presumís hacer lo mesmo
con los Ávalos, varones,
engañáisos. ¡Vive el cielo,
sino sacais la cuchilla,
que os mate!

GREGORIO: Escarmentaréos

Sácala

con ella, como a un muchacho.

*Riñen. Sale BOCEGUILLAS. Éntranse los
dos acuchillando y luego sale doña ANA*

envainando

BOCEGUILLAS: ¡Fuera dije! ¿Qué es aquesto?

GREGORIO: ¡Jesús! ¡Muerto soy!

BOCEGUILLAS: Ahorróse

de Avicenas y Galenos.

¡Para tanto, y tan lampiño!

ANA: Su soberbia es quien le ha muerto.

Métele en esa espesura,

no den con él al encuentro,

y enfrena a prisa.

BOCEGUILLAS: ¡Bien dicho!

Que la bulla de allá dentro,

entre la taza y los naipes,

guarda a esta hazaña el silencio.

Acógete tú entretanto.

ANA: Junto a la puente te espero.

Vase doña ANA

BOCEGUILLAS: Desmentiremos caminos

echando hacia Paracuellos.

Vase. Salen doña PETRONILA y don

FRANCISCO

PETRONILA: Díraos los brazos yo agora,

en albricias de la vida

que juzgaba en vos perdida,

a ser de ellos tan señora

como otras veces.

FRANCISCO: Pues ¿quién

los brazos os enajena?

PETRONILA: Quien, porque puede, me ordena

que a nuevo dueño se den.

Toda la corte ha creído

que en Tarragona os mataron.

FRANCISCO: Si envidiosos desearon
que lo hiciese vuestro olvido,
gracias, mi señora, a Dios,
vivo vuelvo, a que podáis,
con las nuevas que me dais,
matarme de celos vos.

Si del modo que os oí
más de una vez, me hospedara
vuestro pecho, conservara
las finezas que os creí,
y el alma, que no se inclina,
si bien quiere, a falsedades,
pronosticara verdades
por la parte de divina
que tiene. Echárame menos
y, adelantándoos enojos,
no os consintiera los ojos
tan alegres y serenos.

Vos, sí, me matáis de veras,
no asaltos, tiros ni balas.

PETRONILA: De las nuevas, cuando malas,
siempre se creen las primeras;
las que tuvimos de vos fueron
de que os habían muerto;
quiseos bien, sabéis que es cierto;
pero no estando los dos
desposados, si exteriores
demonstraciones hiciera,
motivo a malicias diera
de atentos censuradores.

Venís vivo. ¡Dios os guarde!
Falsas nuevas desmentís;
pero, aunque vivo venís,
para amarme venís tarde.

Hame casado en Milán
mi tío; acepté el contrato;
sustituyóme un retrato;
es noble, es rico, es galán.

Júzgole ya tan cercano,
que, si en la corte no está,

brevemente llegará
a ejecutarme en la mano.

Ved, pues, si es lance forzoso
cumplir esta obligación,
vos muerto en la estimación,
y él de próximo mi esposo.

FRANCISCO: Gustosa habéis enviudado
en la voluntad primera,
pues el medio año siquiera
el luto no habéis guardado.

Muchos años os gozad,
ya que en vos mi amor expira,
que quien me mató en mentira
hará que salga verdad.

Porque, volviéndome loco
los desengaños que escucho,
no harán en matarme mucho
si en fingirlo hicieron poco.

Hace que se va

PETRONILA: Oíd, don Francisco, oíd.

Esperad, que la templanza
logra tal vez su esperanza.

Dejad que llegue a Madrid
el tal vuestro opositor,
y ambos a dos litigad,
que siempre es la voluntad
tibia sin competidor.

Alegue él en su derecho
la acción que le da mi tío;
que libre está mi albedrío
confesándoos que, en mi pecho,
antes que a él os dio lugar;
quíseos bien, y al forastero
ni le aborrezco ni quiero,
porque sin ver no hay amar.

Luego hasta aquí preferido,
estáis en la antelación

de mi primera afición,
y retiraros vencido,
cuando con ventajas tantas
podéis litigar, sería
desairosa cobardía.

FRANCISCO: ¡Ay, Petronila, que encantas
y enamoras con rigores!
¿Quién de ti pudo creer
que en mi ofensa había de hacer
pleito tu amor de acreedores?

Sale MELCHORA

MELCHORA: Esta carta con su porte
me dio un mozo para ti.

Dásela

¡Jesús! ¿Don Francisco aquí?
¿Vivo, sano y en la corte?
¡Válgame Dios, y qué susto
me ha dado vuesa mesté.

FRANCISCO: Vivo no, que mal podré
vivir si mata un disgusto.
Sano tampoco, Melchora,
pues en la cama caí
del desengaño; mas sí
en la corte, que cada hora
muda amantes como galas.

MELCHORA: Llorado le hemos las dos
más de un mes. Librenos Dios
de nuevas que son tan malas.

PETRONILA: (¡Si fuese de don Gregorio Aparte
la tal carta!)

MELCHORA: En buena fe
que esta noche le soñé
que estaba en el Purgatorio.

FRANCISCO: No hay muerte como una ausencia

pues que las vidas aparta.

PETRONILA: Lo que contiene esta carta
veré con vuestra licencia.

Ábrela

FRANCISCO: Será del dueño felice
que ya tan cerca esperáis.
¡Adiós!

PETRONILA: No quiero que os vais;
escuchadla, que así dice:

Lee

"Don Gregorio, mi señor,
que iba a serviros y a veros,
en la venta de Viveros,
según nos dice el doctor,
dará fin triste a su amor;
porque de una leve herida
está al *Laus Deo* de la vida
y ya el aliento le falta.
Dióselo un capón de Malta
que sobra para homicida.

Asústase

Tómanle la sangre aquí
y el dinero. Llevaráse
a Rejas y cuidaráse
de su cuerpo y alma allí.
Corre la cuenta por mí
de dároslo. Un pasajero
es de aquésta el mensajero,
por cuya prisa concluyo,
Montilla, lacayo suyo,
y de hoy más vuestro escudero."

¡Válgame Dios, qué
desgracia!

FRANCISCO: No la tengo por tal yo.

MELCHORA: Ni el que la carta escribió,
que, a fe que estaba de gracia.

PETRONILA: ¿Qué haremos, Melchora, en esto?

MELCHORA: Sea mentira o sea verdad,
el caso es de calidad,
que en virtud de él te amonesto
vayas a Rejas al punto.

PETRONILA: ¿Y si éste algún cómo
fuese?

MELCHORA: Dado que así sucediese,
o le hallásemos difunto,
lucirá más la fineza
de quien dueño le aguardaba.

PETRONILA: ¡Que este susto me esperaba!

MELCHORA: Cuando por ellos empieza
amor y se muestra arisco
dicen que después se deja
ensillar.

PETRONILA: ¿Qué me aconseja
en tal caso don Francisco?

FRANCISCO: Mi amor, que no vais allá;
y que sí, mi cortesía.

PETRONILA: La vuestra, desde este día,
en mi estimación tendrá
el abono que merece.

¡Qué cuerdo y qué generoso!

FRANCISCO: Será el ir con vos forzoso,
por lo que un camino ofrece.

PETRONILA: Tan obligada lo acepto
como habéis de hallar después.

*Sale doña ANA, de hombre,
alborotada*

ANA: ¡Señores! Si es interés

de nobles, que en un aprieto
fortuito y peligroso
se socorra a un desgraciado,
a un hombre la muerte he dado
contra mi honor alevoso;
viene tras mí la justicia
y en sus manos casi estoy;
amparadme, pues os doy
de mis desgracias noticia.

PETRONILA: Entraos en ese aposento.

Éntrase

¿Otra desdicha, Melchora?

MELCHORA: Vienen a pares cada hora.

PETRONILA: Ciérrale en él al momento.

FRANCISCO: Alabo vuestra piedad.

PETRONILA: ¡Qué mozo es el delincuente!

FRANCISCO: Siempre el agravio es valiente
y suple cualquiera edad.

Salen un ALGUACIL y tres ESBIRROS

ALGUACIL: Aquí entró. No hay escaparse.

PETRONILA: ¿En mi casa la justicia?

Señores, ¿qué es esto?

ALGUACIL: Casos
que forzosamente obligan
a no mirar en respectos.
Vuestas mercedes me digan
dónde un mozo se escondió,
de un caballero homicida,
que en la venta de Viveros
será milagro que viva.

PETRONILA: ¡Ay, cielos! ¿Quién es el muerto?

ALGUACIL: Si su desgracia os lastima,
el herido es don Gregorio
de Leyva Toledo y Silva.

PETRONILA: ¡Desdichada de mí! Que ése
que decís a ser venía
mi esposo desde Milán.

ALGUACIL: Vengad, pues, vuestra desdicha
manifestándome al reo.

A don FRANCISCO y a MELCHORA quedo

PETRONILA: ¡Pluguiera á Dios! Nadie diga
que sabe de él.

ALGUACIL: ¿Dónde está?

PETRONILA: No ha entrado aquí; que la vida
diera yo por la venganza
de tal insulto.

ALGUACIL: La vista
no es posible que se engañe.
Por aquestas puertas mismas
entró, huyendo de nosotros.

MELCHORA: Debió de subirse arriba
o esconderse tras la puerta.

PETRONILA: Los cuartos altos habita
un conde. Búsquenle en ellos;
que yo prometo en albricias
de su prisión un diamante.

ALGUACIL: Será, pues, cosa precisa
registrar toda esta casa,
ya que, por ser compasiva,
sois crüel con vuestro esposo.

PETRONILA: Perdónoos esa malicia;
mas mirad que a la en que estáis
se le guardan cortesías

ALGUACIL: No es agora tiempo de ellas.
Suban al cuarto de arriba
y examinen sus rincones.

Vanse los dos ESBIRROS

Entre conmigo Valdivia.

Abras esta puerta.

MELCHORA: (¡Ay cielos! Aparte
El pobrecito peligra.

*Abren la puerta por donde entró doña
Ana, y éntranse el ALGUACIL, MELCHORA y el
ESBIRRO*

FRANCISCO: No hará tal viviendo yo;
que quien los estorbos quita
a mi amor, e impide celos,
mi amistad y espada obliga.

PETRONILA: Don Francisco, ¿estáis en vos?
¡Tenéos!

FRANCISCO: Doña Petronila,
o he de morir o librarle.

*Salen MELCHORA y doña ANA de mujer con un
serenero en la cabeza*

MELCHORA: Siempre el mal se multiplica.

ANA: ¡Hasta mi cama dos hombres!
¿Esto ha de sufrirse, prima?
¿Y en casa vuestra?
¿Qué es esto?

MELCHORA: (¡Disfraces por tropelía!) Aparte

*Anda el ALGUACIL entrando y saliendo como que busca
al reo*

ANA: ¿Tenéis tan poca confianza
de lo que mi honor estima
su crédito, que las noches
que al reposo me retiran
me echáis la llave vos propia,
y hasta las once del día
no consentís que me vea

el sol, con no ser su ninfa;
y cuando a dormir la siesta
me encierro, medio vestida,
dais en mi aposento entrada
a dos hombres?

FRANCISCO: La justicia
tiene licencia, señora,
para tales demasías.
No os asustéis, que no es nada.

A doña PETRONILA

Suplícote que prosigas
con esta ficción sabrosa;
pues es la persona digna
que la inventó, por su ingenio
de todo amparo y estima.

ANA: ¡Justicia en casa, señores!
¡Válgame Dios, qué desdicha!
Pues ¿qué ha sucedido en ella?

Está presente el ALGUACIL

PETRONILA: ¡Qué cansada melindrizas!
Ya te han dicho que no es nada.
Éntrate allá.

Salen los dos ESBIRROS

ESBIRRO 1: No hay quien diga
cosa en casa de provecho.
No he perdonado oficina,
pieza, jardín, cofre, pozo,
hasta la caballeriza,
hasta debajo las camas;
pues--¡por Dios!--que no alucinan
mis ojos, y que te vieron

entrar por aquí.

ESBIRRO 2: Allá arriba
todos se hacen ignorantes;
si bien una berberisca,
esclava en el apariencia,
no sé que pasos afirma
que sintió en los corredores,
como de quien huye a prisa,
pero piensa que jugaban
algunos de la familia.

ESBIRRO 1: Saltaría a esotra casa.

ESBIRRO 2: Es sin duda.

PETRONILA: No te diga
tercera vez que allá te entres.
Acabemos ya.

ANA: ¡Qué esquiva!
Ya recelarás que el conde,
a título de visita,
me ha de robar con los ojos;
pues sosiéguese tu envidia
y acaba ya de casarte
con él, sin que me persigas.
Pues todo se cae en casa
y en esotro cuarto habita.
Ven tú a tocarme, Melchora.

Vase doña ANA

MELCHORA: (Sazonado hermafrodita, Aparte
¿quién te reveló mi nombre?)

Vase MELCHORA

ALGUACIL: Hecho habemos exquisitas
diligencias, aunque en vano.
Perdonad, señora mía;
que en ministerios como éste
no cumple quien no averigua.

Vanse el ALGUACIL y los ESBIRROS

PETRONILA: ¿Oístes vos en novela,
por sazónada aplaudida,
suceso a éste semejante?

FRANCISCO: La necesidad afila
los aceros al ingenio,
y el riesgo le sutiliza
desenvoltura agradable.

PETRONILA: Cuando debiera, ofendida,
aborrecerle, me alegro
viendo que por mí se ibra.

FRANCISCO: Yo, a lo menos, seré ingrato
sí, con la hacienda y la vida,
desde hoy más no le agradezco
medras de su bizarría.
Llamémosle; mas él sale.

*Sale doña ANA, de mujer, y
MELCHORA*

ANA: Si plumas no os eternizan,
si no os celebran, señora,
por la fénix de Castilla,
no hay conocimiento en ella,
ni en mí, desde aqueste día,
sangre que noble me llame,
fe que, como esclava, os sirva
sí, ingrato a tantas mercedes,
toda el alma no os dedica,
la voluntad, la memoria,
el aliento que respira,
los pensamientos que engendra
y las potencias que anima.

PETRONILA: No os quiero empeñado tanto,
que a mí propia me debía
el socorro que aquí hallastes

y me le pago a mí misma,
si bien tiene circunstancias.

ANA: Melchora me dio noticia
de ellas, y sé que de Italia
caminaba el que venía
a intitularos su prenda;
mas, si no desacreditan
la verdad enemistades,
creed que no os merecía
y que, en Nápoles casado,
debéis estar a la herida
que le dieron mis ofensas
de algún modo agradecida.
Sabréis el por qué a su tiempo.

FRANCISCO: ¿Qué mejor que éste? Decidla
mucho de eso, ilustre joven.
Proseguid siguiera en cifra,
desempeñaréis deseos
que no ha mucho se ofrecían
por vos a cualquiera lance.

ANA: Tendré el serviros a dicha.

PETRONILA: Quédese eso por agora;
que estimo en más vuestra vida
que esa relación; no obstante
lo que me importa el oírla.
Mirad que aquí corréis riesgo.

ANA: Siendo vos la imagen mía
del socorro, no osará
ofenderla la justicia.

PETRONILA: ¡Qué bien el traje os asienta!
Si yo ignorara el enigma,
¡qué de celos fulminara
de vos!

ANA: Basta, que fulminan
rayos, señora, esos ojos
que agradezco, mientras miran
a este caballero afables.

FRANCISCO: Si los vuestros patrocinan
ansí mi desvalimiento,
mi esperanza resucita.

PETRONILA: ¿Quién os dijo a vos que un conde
sobre estas piezas habita,
y el nombre de esa criada?

ANA: ¿Quién, mi señora? Vos misma
al alguacil, deslumbrando
violencias de su pesquisa,
y mandando que Melchora,
hasta en aquesto advertida,
con llave me asegurase.

PETRONILA: Decís bien; pero me admira
que os vistiesedes tan presto,
y que cuando lo examina
todo el interés, pues siempre
dicen que es lince en la vista,
no reparase en la ropa
que os quitastes.

ANA: Mal podía,
si me la puse debajo;
cerróme el temor y prisa
en esa cuadra, hallé en ella
ropa, jubón y basquiña;
esta curiosa toalla
las almohadas cubría,
que haciéndola serenero,
los ministerios duplica;
sirvió la capa de enaguas;
acomodé luego encima
lo femenino, y al sombrero
un clavo tras las cortinas
de la cama; espada y daga
también escrúpulos quitan,
durmiendo entre los colchones;
revuelvo sábanas limpias
entre la colcha y frazadas
de manera que atestiguan
que me levantaba entonces;
entra la turba ministra,
asústome a lo doncello
salgo, si descolorida
o no del tal sobresalto

los que lo vieron lo digan,
y quedo libre y sin costas
por vos, señora divina,
y por este caballero.
Ya la noche nos avisa
que restituya disfraces;
sácame, Melchora amiga,

Va por ello

sombrero, daga y espada,
que apenas dará la risa

Desnuda el traje de mujer

del alba mañana al campo
los gajes que le matizan,

Desnudándose

cuando volveré gozoso
a haceros una visita.

*Queda en cuerpo, la capa como faldellín que se
pone en su lugar; y tiene la cruz de San Juan en
ella*

PETRONILA: Cumplido ansí, que hasta entonces
tengo de juzgar prolija
la noche.

FRANCISCO: ¡Qué airoso mozo!

PETRONILA: ¡Qué agradable bizzaría!

MELCHORA: Todo lo escondido traigo.

*MELCHORA con lo que pidió, y póneselo
doña ANA*

ANA: Venga. Favorable prima,
adiós. Caballero, adiós.

PETRONILA: ¿Volveréis?

ANA: Por una vida
entre los dos empeñada.

Vase doña ANA

FRANCISCO: ¿Y qué ha de haber de partida
a Rejas?

PETRONILA: Dormir sobre ello,
que agora estoy indecisa.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*Sale doña ANA, de estudiante bizarro, y
doña PETRONILA*

ANA: Todo cuanto he referido
es infalible verdad.

PETRONILA: ¿Hombre de tal falsedad
pretende ser mi marido?

No lo permitan los cielos.

ANA: Así engaña la presencia
de una agradable apariencia.

PETRONILA: Y vos, que excusáis recelos

de que os prenda la justicia,
vengador de vuestra hermana,
cubriendo con la sotana
la cruz de vuestra milicia,
¿por qué el nombre no mudáis
de la suerte que el vestido?

ANA: Basta mudar de apellido.

PETRONILA: Pues ¿de qué suerte os llamáis?

ANA: Don Gómez Portocarrero.

PETRONILA: ¿Y si el don Gómez hiciese
que alguno aquí os conociese?

ANA: Nunca del nombre primero,
que de pila el vulgo llama,
se suele hacer mucha cuenta;
no pudo verme en la venta
quien para su esposa os ama;
pues de noche y fuera de ella,
como la luna que hacía,
por entre nubes nos vía,
ya era luna, ya era estrella;
y así entre claro y obscuro
lo que advirtió en mi semblante
con el hábito estudiante,
mi señora, lo aseguró;
estimo vuestros temores
--¡ojalá fueran desvelos!--
pero tratemos de celos,
que son sal de los amores.

Diez días ha que mi enemigo
en Madrid, convaleciente,
por veros a vos presente,
ved lo poco a que os obligo,
juzgándole por difunto,
sin peligro y en pie está;
porque, a vos, ¿quién os verá
que no resucite al punto?

Visitáisle cada día,
regaláisle de hora en hora;
tantas finezas, señora,
y todas a costa mía,

¿cómo pueden ser en vano
si, mientras a verle vais,
y a un enfermo salud dais,
le quitáis la vida a un sano?

PETRONILA: Don Gómez, las cortesías
precisas no son amores.

ANA: Vos mal lograréis las flores
de mis ya abreviados días.

PETRONILA: Vino a casarse conmigo
no menos que de Milán;
es mi deudo, ¿qué dirán
si de mi sangre desdigo?

¡Ay, don Gómez! Nunca Dios
esta casa os enseñara;
o, ya que en ella os librara,
nunca yo pusiera en vos
los ojos que lastimarse
supieron, para encenderse,
pues les dio el compadecerse
motivos de desvelarse;

de mi piedad os valistes,
nunca el cielo permitiera
que yo tan piadosa fuera,
pues cuando dama os fingistes,
tan hermosa os llegué a ver,
mudado el hábito y nombre,
que diera yo por ser hombre,
para haceros mi mujer,

lo mismo que después diera
cuando el traje os desnudastes
de mujer y os restaurastes
a vuestra forma primera.

Pero esto para después.
Vino a esta corte el herido
por vos. Si con él he sido,
visitándole, cortés,

y regalándole, noble
también os puedo afirmar
que si llegara a ignorar
lo civil del trato doble,

que con vuesrra muerta hermana
usó, y vos me referís
el amor que me atribuíis
y la sangre que cercana
tengo suya, concluyera
conmigo dificultades
y, enlazando voluntades,
al tálamo nos uniera;
porque no me negaréis
lo que en él es tan notorio,
y que tiene don Gregorio,
aunque mal con él estéis,
excelentes perfecciones.

A lo triste

ANA: La mayor es celebrarlas
vuestro abono.

PETRONILA: El alabarlas
se quede en ponderaciones;
no por esto os demudéis,
que ya él acabó conmigo;
esto supuesto, prosigo
para que me aconsejéis.

Volvistes a verme el día
siguiente de aquel fracaso
que os abrió en mi casa el paso,
y añadióos la hipocresía
del científico disfraz
del trajedizo estudiante
tanto hechizo en lo galante,
tanta guerra entre la paz
con que ese hábito asegura,
que ignorando el mal que encierra
tocó en mis ojos a guerra,
en que abrasarme procura;
que hace la superstición
de estos siglos ignorantes,
en las viudas y estudiantes

gala la recolección.

Si en mujer, pues, transformada,
mis varoniles deseos
me hicieron en sus recreos
celosa y enamorada,

si después que os desnudastes,
ya Adonis, Venus primero,
¡cuánto, galán lisonjero,
mis potencias despeñastes!

Y si, estudiante después,
sois tres veces mi homicida,
tres veces por vos perdida,
y mi alma obligada a tres:

a don Francisco, que alega
mi primera voluntad;
al que vuestra enemistad
hirió, y a casarse llega,

y con más afecto a vos,
pues en tan arduo interés
valéis vos solo por tres,
y ellos no más que por dos.

¿Cómo saldré de este abismo,
si no es que en vuestro consejo
libradas mis dudas dejo
juez y parte de vos mismo?

ANA: Esta mano he de besaros

Bésala

antes que esa plaza admita,
y aunque mi bien solicita,
primero he de preguntaros,

¿Qué imposibles pena os dan
cuando mi esposa os espero?

PETRONILA: Dos terribles considero:

una la Cruz de San Juan
en el pecho, que deshace,
casta toda y toda nieve,
el yugo amoroso y leve

que nuestras almas enlace.

ANA: Ése está tan en mi mano
como veréis algún día;
el segundo, prenda mía,
os falta decir.

PETRONILA: Que en vano
piensa encubrir vuestra edad
naturales desengaños
que han de pregonar los años
en vuestra cara.

ANA: Aclarad
más ese enigma.

PETRONILA: Sí, haré;
pero excusad los colores
de la mía entre temores
que os han de enojar.

ANA: ¿Por qué?

PETRONILA: ¿Qué sé yo? Sabéislo
vos,

y dudo manifestarlos.
Si vos queréis declararlos
solos estamos los dos;
que no por ese defeto
menos os he de querer.

ANA: ¿Imagináisme mujer?

PETRONILA: Peor.

ANA: ¿Qué bajo conceto
habéis formado de mí?

PETRONILA: ¿De vos yo? De dos renglones
culpadas manifestaciones
trabajosas.

ANA: ¿Cómo así?

PETRONILA: Esperaos, y mostraréos
dos líneas solas; y en ellas
la causa de mis querellas
y estorbo de mis deseos.

*Saca un papel; rómpele y
enseñale dos solos renglones*

Hacen mención de la herida
pasada. Ved vuestra falta.

Lee

ANA: "Dióselas un capón de Malta,
que sobra para homicida."
En mi sobresalto poco
conoceréis qué verdad
tenga aquesta falsedad.
Sazonado anduvo el loco
que intentó, necio y cobarde,
valerse de estos engaños.
Yo tengo diez y nueve años,
los Ávalos barban tarde.
Veréis cuán presto desmiento
malicias del delator;
volvamos a vuestro amor;
diréos en él lo que siento,
pues pedís que os aconseje.
Don Gregorio no ha de ser
quien os llegue a poseer.
Éste, señora, se deje,
que vos no habéis de casaros
con quien me ha ofendido a mí.
Con don Francisco, eso sí;
que supo, firme, obligaros;
que supo, ausente, quererlos;
olvidándole, serviros;
ofendiéndole, sufiros,
y constante, mereceros.
Es mi amigo; el otro no,
y ansí, por mí, habéis de amarle,
y al otro ni aun escucharle.
Basta gustar de esto yo.
Y pues juez me señaláis
de esta causa, y prometéis
que de mí no apelaréis,

fallamos que así lo hagáis.

PETRONILA: ¿Cómo don Gómez, pues vos
que, como juez, definís,
siendo parte os excluís
sentenciando por los dos?
 ¡Qué tibio amor! ¡Qué severo!
 ¡Qué presto quién sois dijistes!

ANA: Asesor vuestro me hicistes,
la justicia es lo primero.

PETRONILA: ¿Es ésa la voluntad,
tantas veces ponderada,
que me tenéis?

ANA: Comparada
con la razón y amistad,
cuando a la justicia toca,
ésta se ha de anteponer,

PETRONILA: ¡Qué poca debe de ser!

ANA: Esperad. Veréis si es poca.
Boceguillas entra acá.

Salen BOCEGUILLAS y MELCHORA

BOCEGUILLAS: Señor me llama, Melchora.

MELCHORA: También llamará señora:
salgamos los dos allá.

BOCEGUILLAS: ¿Qué manda el *dómine* mío?

MELCHORA: Acá vengo yo también.

ANA: Di tú, que lo sabes bien,
pues siempre de ti me fío,
qué finezas, qué desvelos
me hace esta ingrata pasar.
Dilo.

BOCEGUILLAS: Eso es nunca acabar:
ansias, llantos, quejas, celos;
si fueran maravedises,
llenáramos de vellón
desde Madrid al Japón,
los bajos y altos países.
Ayudaba el otro día

a misa, que lo hace bien,
y por responder "Amén,"
dijo, "Petronila mía."

Las noches tan desveladas
de claro en claro pasamos,
que, aunque por dormir, tomamos
almidones y almendradas,

una de éstas, entre sueños,
se levantó y dio tras mí,
diciendo, "¡Ah, traidor!, aquí
te tengo; de los empeños

de mi honor será notorio
el desquite." Desperté,
y díjele, "¿A mí? ¿Por qué,
no siendo yo don Gregorio?"

"Sí eres," dijo, "que causar
a mi hermana te atreviste
la muerte, y pues la ofendiste,
no te has de petronilar."

"Mira que soy," le respondo,
don Francisco." "Ése es mi amigo,"
replica, "mas no me obligo
con celos a nadie." Escondo

la cabeza tras un poste;
mas tiró tal cuchillada,
como quien no dice nada,
que me obligó a decir, "¡Oste!"

Pero olvidóseme el "puto."
Súbome, huyendo, al desván
y él dijo, "A los de San Juan,
ni Bajá ni Marabuto

se les escapa." Me aturdo
de miedo. Estaba allí un gato,
si de Roma por lo chato,
del infierno por lo zurdo;

que una jácara maullaba
a una gata pelivisca.

Preciábase ésta de arisca,
y el miz que la requebraba,
encrespándose se atufa

creyéndonos pretendientes
y, mostrándonos los dientes,
gruñe el uno, el otro fufa,
y cada cual desenvaina
dos cajas de a diez cuchillos;
sirvióme a mí de zarcillos
la gaticia, que era zaina,
y colgóseme a una oreja,
que, pensándola orejón,
la sirvió de colación
a vueltas de una guedeja.

El romo a la cara vuela
de mi amo, agraz de su boda,
y, pautándose la toda,
como muchacho de escuela,
dijo entonces, medio en sí,
"¡Oh, infame! ¿Tú me acuchillas?
¿Estamos en Boceguillas?"
"En él no, mas con él sí,"
dije, y ambos lloraduelos
repetíamos a ratos,
"Petronila, hasta los gatos
nos aruñan por tus celos."
Salió el planeta membrillo,
y en la cura del tal cuento
se gastó un bote de unguento
almartaga y amarillo.

Tanto te ama--¡vive Dios!--
que con Píramo se iguala.

ANA: ¡Anda, vete enhoramala!

BOCEGUILLAS: Y esto, aquí para los dos.

PETRONILA: En efeto. ¿En qué quedamos
vos y yo?

ANA: En que si esta vez
pronuncié, en virtud de juez,
contra mí mismo el fallamos,
ya, como don Gómez, sólo
os pido, muerto por vos,
que a ninguno de los dos
améis; ni aun al mismo Apolo,

que hasta éste celos me da.

PETRONILA: La mano de amigos ¡ea! ¡

Dásela

ANA: ¡Ojalá de esposo sea!

PETRONILA: (¡Ay, Dios, qué tierno! ¡Ojalá!) Aparte

Salen don FRANCISCO y velos de la mano, y con

él MONTILLA

FRANCISCO: Falta de padrinos tiene
este feliz desposorio,
pues...

MONTILLA: Mi señor don Gregorio
a veros, señora, viene;
siendo ésta la vez primera
que los pies pone en la calle.

FRANCISCO: Presto podréis despachalle
si ser vuestro esposo espera,
pues le ocupa la posada,
tan discreta prevención.

PETRONILA: Cumplir esta obligación,
cuanto precisa cansada,
es fuerza. Esperad los dos,
y con menos sentimiento,
don Francisco, en un intento
donde habéis tenido vos
más parte que imagináis,
pues es vuestro, protector
quien juzgáis competidor.

ANA: Si presto no despacháis
la visita juzgaré
que la recibís con gusto.

PETRONILA: Menos tiempo de lo justo,
don Gómez, la ocuparé.

Vanse doña PETRONILA y MELCHORA

ANA: ¡Qué poca satisfacción
los celos, amigo, dan!
Pues, por la cruz de San Juan,
que los fundáis sin razón;
 porque en las manos ceñidas
que maliciáis en los dos,
fuistes la visagra vos
a vuestro amor reducidas:
 quien bodas ausente ordena,
para asegurar su amor,
nombrando un procurador,
se casa por mano ajena.
 Esto mismo a hacer me atrevo
por cumplir con mi amistad:
lograr vuestra voluntad
y pagaros lo que os debo.
 Celos son desconfiados
y de pasión tan avara,
que nunca yo los osara
pedir dineros prestados.
 Dama tengo yo en Madrid,
que habéis de ver esta tarde,
y hacer de mi dicha alarde.
No me respondáis. Venid,
 que os he de dejar corrido
por lo que habéis maliciado.

FRANCISCO: Dar excusas no acusado
sospechoso siempre ha sido,
 y más con la calidad
de ese traje; que el engaño
se matricula cada año
en cualquiera facultad:
 embelecos y estudiantes
todo es uno.

ANA: En conclusión,
no hay regla sin excepción:
vos y yo somos amantes,
 mas en distintos sujetos;
lo que dure esta visita
vuestra amistad me permita

que os comunique secretos
conque hagáis, después, de mí,
confianza más segura.

FRANCISCO: Vamos; que amor es locura,
y celos su frenesí.

ANA: Verá otros nuevos secretos.
Don Gregorio, por cuidado,
todas las tardes al Prado
sale de los Recoletos;
yo he de ir allá, y un engaño
me ha de lograr dos intentos:
proseguir mis pensamientos
y vengarme con lo extraño;
su desvelo ha de aumentar
mi industria; que pues aquí
me tiene sin alma a mí,
también él ha de penar.

Vanse don FRANCISCO y doña ANA

MONTILLA: ¡Ah, caballero!

BOCEGUILLAS: (Recelo Aparte
que me conoció el Montilla.)

MONTILLA: Caballero, no de silla,
sino de manta o en pelo,
una palabra.

BOCEGUILLAS: Abreviar
con ella, y hablar sin fieros.

MONTILLA: En la venta de Viveros,
¿no le vi yo ministrar
al criminal por civil
desbarbado?

BOCEGUILLAS: Sí, vería,
puesto que no era de día,
a la luz de algún candil.

MONTILLA: Pues, cómplice en el delito,
¿cómo se anda por aquí?

BOCEGUILLAS: Yo, Montilia, os asistí
en todo lo requisito

de la tal cena fiambre,
y cuando mi amo le hirió
al punto las afufó
dejándome con el hambre.

Pasó entonces por la Puente
un caballero estudiante;
seguíle, aunque de portante
volaba, y fue tan clemente
que, informado del suceso,
plaza en su casa me ha dado;
habémonos combinado,
yo mequetrefe, él travieso;
sirvole de gentilhombre,
porque lo soy, como ve,
y, aunque las manos mudé,
no han mudado ellos el nombre:
don Gómez, como el primero,
el segundo; pero aquél
Ávalos y Pimentel,
y estotro Portocarrero.

¿Queda más por preguntar?

MONTILLA: Mucho más.

BOCEGUILLAS: Estoy de prisa.

MONTILLA: ¿Qué causa tiene él precisa
en esta casa?

BOCEGUILLAS: El estar
con don Gómez, de esta dama
primo.

MONTILLA: ¿Quién los imprimó?

BOCEGUILLAS: Sus padres, o ¿qué sé yo?;
ansí lo afirma la fama.

MONTILLA: Luego ¿él también será primo
de la fámula Melchora?

BOCEGUILLAS: Si ella imita a su señora
y yo al amo, que es mi arrimo,
un mismo deudo tendremos;
porque los sirvientes y amos
por un estilo imprimamos
con las hembras que queremos.

MONTILLA: Eso es lo que yo aguardaba.

Saque la espada.

BOCEGUILLAS: No puedo.

MONTILLA: ¿Cómo no? ¿Será de miedo?

Desde dentro

ANA: ¡Ah, Boceguillas! Acaba.

BOCEGUILLAS: ¿Velo? Por hoy se desarmen
pendencias.

MONTILLA: ¿Pues por qué hoy?

BOCEGUILLAS: Es miércoles; y yo soy
devotísimo del Carmen,
y en él carne... ¡ni aun la toco!

MONTILLA: ¡Ah, cobarde! No te atreves.

BOCEGUILLAS: Hoy, no; mas mañana es jueves,
y mañana...

MONTILLA: ¿Qué?

BOCEGUILLAS: Tampoco.

*Vase. Salen doña PETRONILA y don GREGORIO,
por báculo la espada*

PETRONILA: Convaleciente, señor,
importará recogeros
temprano.

GREGORIO: Quien vive en veros,
no viéndoos se halla peor.

PETRONILA: Estímoos ese favor;
pero es muy a costa vuestra.

GREGORIO: Si he de sacar por la muestra,

.....

.....

..... [-estra].

Juzgando por lo exterior,
hermosa señora mía,
en vos la mercaduría
no me enseña mucho amor

..... [-or]

.....

.....

.....

.....

.....

lo tibio con que me habláis.

Sale MELCHORA

PETRONILA: No siempre está el corazón
con una disposición,
si afectos examináis.

GREGORIO: Más con eso me enfermáis
que la peligrosa herida.

PETRONILA: Deseo yo vuestra vida
todo lo posible.

GREGORIO: Creó
lo que decís; pero veo
lo contrario en mi venida.
Juzgábame yo, en virtud
de tanto favor pasado,
más bien visto en vuestro agrado.

PETRONILA: Tratad de vuestra salud
y lógrese juventud
que tan bien en vos se emplea,
que, aunque por vos no se crea;
es mi mayor interés;
que ocasión habrá después
en que más gustosa os vea.

GREGORIO: Daros fe será forzoso,
aunque a mí mismo me engañe.

PETRONILA: Temo que el sereno os dañe,
que en Madrid es peligroso.

GREGORIO: Juzgárame yo dichoso
y acabara de estar bueno
si ese cielo, por quien peno,
se serenara al mirarme;
que a mí lo que ha de matarme

es faltarle lo sereno.

Pero no os quiero cansar.
Guárdeos Dios felices años,
que, si curan desengaños,
poco tardaré en sanar.

PETRONILA: Quiéroos, señor, perdonar,
a trueco que estéis mejor,
en materias de rigor,
aunque en ello os engañéis
todo cuanto imaginéis.

GREGORIO: Adiós.

Vanse don GREGORIO y MONTILLA

PETRONILA: Adiós, mi señor.
Melchora, ¿no quedó aquí
don Gómez con don Francisco?

MELCHORA: Llévanlo todo abarrisco
los celosos.

PETRONILA: ¿Cómo ansí?

MELCHORA: Descompadrados los vi
irse.

PETRONILA: El coche haz, pues, sacar.

MELCHORA: ¿Dónde los piensas hallar?

PETRONILA: ¿Qué sé yo? Amor nunca acierta
sino errando.

MELCHORA: Es cosa cierta.

PETRONILA: Pues, errando, he de acertar.

*Vanse. Sale doña ANA de mujer, con manto, y
BOCEGUILLAS*

ANA: ¿La capa, espada y sombrero?

BOCEGUILLAS: Todo viene donde has dicho.

ANA: Será el coche mi vestuario.

BOCEGUILLAS: Y el arquilla, entre el aliño
del cojín, que está a la popa,
hará las veces de Ovidio

en nuestro metamorfosis.

ANA: No hay amor sin artificio;
hoy admirarás mi ingenio.

BOCEGUILLAS: Bien; pero ¿no seré digno
de darte un almud de quejas?

ANA: ¿Tantas?

BOCEGUILLAS: Oye, te suplico.

En Milán serví soldado
dos años; mas, fugitivo,
deslumbrando Barracheles,
a Génova me deslizo;
halléte medio embarcado
para España, y, compasivo
de la falta de mi flete,
me admitiste en tu servicio.
Desde entonces hasta agora,
tu confidente y valido,
no he alcanzado ni un secreto
de tu pecho; no he sabido,
sino por mayor, que en Malta
profesaste desde niño
la Cruz; del turco espantajo,
coco común del morisco,
y que don Gómez te llamas
juntándole al apellido
del Ávalos generoso
el Pimentel más antiguo;
tomaste el Portocarrero
por solapar los peligros
que en la venta ocasionaste,
por ti don Gregorio herido.
Ha que te sirvo diez meses,
y en los diez que ha que te sirvo,
ni sé a qué veniste a España,
ni penetro tus designios,
ni si estás enamorado,
ni quién te feria suspiros.
Tal vez te hallo hablando
a solas; tal, generoso conmigo,
sin tener necesidad,

me vistes como un palmito;
tal me envías noramala,
y si entonces te replico,
o va tras mí el candelero,
o me ensordeces a gritos.
Ya Adonis, rindes beldades;
ya Venus, postras Narcisos;
ya soldado, todo hazañas;
ya escolar, todo aforismos.
Estoy en duda si acaso
lo atiplado en lo lampiño
te mutiló sin saberlo
los que junta el que es latino
a los pretéritos siempre.
Otras veces imagino
que en esto del *masque genus*
sólo tienes el vestido.
¡Por amor de Dios, señor,
señora o término ambiguo,
que sepa yo con quién ando!
Conozca yo a quién ministro;
pues has hecho en mi lealtad
cuantas pruebas has querido,
sé cuenta de Santa Juana,
sácame el alma del limbo.

ANA: Para todos los criados
discretos el uso ha escrito
tres preceptos provechosos,
que son, si entre éstos te admito,
oír, y ver y callar;
que guardes éstos te pido;
porque, en dando en *flos sanctorum*,
medrarás poco conmigo.

BOCEGUILLAS: Echo a la boca unas trabas,
pongo a la lengua unos grillos,
sórbome todo deseo;
desde hoy moriré de ahito.

ANA: Por lo ameno y por lo solo
hice elección de este sitio.

BOCEGUILLAS: ¿Y por qué no por lo santo,

si consagran este hospicio
para ejemplo de la corte
Recoletos Augustinos?

ANA: ¿Y el coche?

BOCEGUILLAS: Allí nos espera,
para el disfraz que me has dicho.

Salen don GREGORIO y MONTILLA

GREGORIO: No quiero ir tan presto a casa.

Desahogue este retiro
enamoradas congojas,
si es la soledad, su alivio.
Gocen dichosos amantes
el frecuentado bullicio
de tanto coche que al Prado
trasladaron los Elisios.
Déjame, Montilla, a solas.

MONTILLA: Soy fámulo: no replico;
mas mira que han de dañarte
serenos.

GREGORIO: No seas prolijo.

MONTILLA: A estos álamos me asiento;
si el sueño dijere, "envido,"
diré, "topo," y tú, entretanto,
bucoliza a lo de Anfriso.

*Apártase. Habla doña ANA a
BOCEGUILLAS*

ANA: Boceguillas, ven acá.
¿No es este hombre?

BOCEGUILLAS: Será el mismo
que dices.

ANA: ¿Cuál?

BOCEGUILLAS: ¿Qué se yo?
Un hombre como Dios le hizo.

ANA: ¡Necio! ¿Éste no es don Gregorio?

BOCEGUILLAS: Yo agora no gregorizo,
que en crepúsculo la tarde
llora del sol paraxismos
y tengo la vista corta.

ANA: Pues yo sí, que los delirios
de mis celos me hacen Argos.

BOCEGUILLAS: Según el aire y los visos,
él parece.

ANA: Pues, aparta.

BOCEGUILLAS: Aparto; vaya de tiro.

*Apártase éste, y doña ANA echa
a la cara el manto*

ANA: Retírate; no nos oigas.

BOCEGUILLAS: Si hay segundos desafíos
acójome a este convento.

*Vase llegando ella a don GREGORIO, tapada, y los
lacayos, cada uno por su parte, se les acercan*

MONTILLA: (Hacia mi dueño enfermizo Aparte
se apropincua una buscona,
y yo a los dos me apropincuo
por ver este perro muerto.)

BOCEGUILLAS: (Mi humor es antojadizo, Aparte
no he de sufrir que malpara;
detrás de este olmo me arrimo.)

Paseándose

GREGORIO: Hoy ceños, ayer agrados.
Algo contra mí la han dicho;
pero, si son las mujeres
pluma al viento, ¿qué me admiro?

Tapada a él

ANA: Debemos de padecer,
caballero pensativo,
pues buscamos soledades,
unos accidentes mismos,
y en fe de que de algún modo
se consuelan afligidos,
juntando penas con penas,
juzgo que os hago servicio
en interrumpir silencios;
pues, si no de divertirlos,
gustaré de acompañarlos
mezclándolos con los míos.

GREGORIO: Déboos, oculata piadosa,
los socorros compasivos
que no me atrevo a pagaros;
y os confieso agradecido
que, a ser menos riguroso
mi mal, sobraba el oíros
para arrancarle del alma;
pero son, os certifico;
mis penas tan... tan crueles
que las connaturalizo
como a la sangre las venas;
pues si no peno, no vivo.

ANA: ¡Qué poco conocimiento
debe tener el hechizo
que con desdenes os trata!

GREGORIO: Por ser tanto he colegido
lo poco que yo merezca.

ANA: ¿Qué sería si, en castigo
de malas correspondencias,
os pagasen sus olvidos
ingraticudes de Italia?

Admirado

GREGORIO: ¿Qué decís?

ANA: Que os pronostico
venganzas de alguna ausente,
que vos, sin haberla visto,
elegistes por esposa,
y ella, sin veros, os quiso.
Deudor le sois de la fama,
cuyo delicado vidrio
se mancha con los engaños,
se quiebra con los indicios
de la opinión mentirosa,
sin reparar que, ofendido,
fija contra vos carteles
algún poderoso Ursino.
Deudor de la vida y todo
le sois, pues los descaminos
del amor interesable
que os previene precipicios
malograron su inocencia,
amortajada en suspiros.
Sepultada en sus congojas
y llorada de infinitos,
no os enmiendan las desgracias,
no os enfrenan los avisos;
pues recelad, don Gregorio,
al cielo, que el patrocinio
de doña Ana tiene a cargo
y es tal vez ejecutivo.

Admirado

GREGORIO: Enigmática agorera,
¿quién tantas cosas os dijo
de mí, si no consultastes
infernales vaticinios?
¿Murió doña Ana? Si es muerta,
y yo de cuanto he fingido
me confieso avergonzado,
¿qué puedo hacer?

ANA: Desdeciros

de ofensas que la habéis hecho
por palabra y por escrito.

GREGORIO: No sufren eso las armas;
antes he de descubriros
y saber quién sois.

Quiere destaparla y ella se aparta

ANA: Tenéos,
que quedaréis consumido
en las llamas que padezco.

GREGORIO: ¿Qué llamas?

ANA: Tenéos os digo;
que ignoráis quién soy.

GREGORIO: ¿Quién sois?

ANA: Espíritu, no precito,
pero sí preso por deudas
que no pagué en este siglo,
y entre incendios inmortales,
en el otro las desquito.
El alma soy de doña Ana.

GREGORIO: ¿De doña Ana?

MONTILLA: (¡Jesucristo! Aparte
¿Almas aquí de medio ojo?)

Espantados los tres

BOCEGUILLAS: (¡Santa Juana! ¡San Patricio! Aparte
¿Lacayo yo de entresuelos?
Desde luego me despido.)

MONTILLA: (¿Yo con amo espiritado? Aparte
Desde hoy hago finiquito.)

ANA: Impaciencias del desprecio,
nunca con vos merecido,
me llevaron, aunque en gracia,
con los afectos tan tibios,
que, para perfeccionarlos,
en llamas los fervorizo;

y, porque no dudéis de esto,
sabed que Pompeyo Ursino
en vuestra busca navega,
y que los franceses lirios,
por vuestro ejército rotos,
a Turín han puesto sitio;
que supo vuestros engaños
en Milán el noble tío
de la dama que os desdeña,
y que en este instante mismo
la está escribiendo una carta
y en ella cuerdos avisos
para que la mano os niegue;
si queréis más requisitos
de futuros contingentes
que abonen lo que os afirmo
y os abran los ciegos ojos,
yo os los ofrezco; pedidlos.

GREGORIO: Los dichos bastan y sobran;
pero yo, que fui motivo,
bella alma, de vuestras penas,
¿cómo podré redimiros
de su incendio?

ANA: Con sufragios,
con misas, con sacrificios,
con satisfacer mi fama.

GREGORIO: Eso postrero no admito,
aunque todo se atropelle,
sí, como me habéis pedido,
en que me desdiga yo
ha de estribar vuestro alivio
perjudicando mi sangre.

ANA: Pues desgracias os intimo
que serán irremediables
en vuestro mayor castigo,
y andaré por vos en pena
si no hacéis lo que os he dicho.

Vase. Todos hablan aparte

GREGORIO: Esposa, mujer o engaño...

BOCEGUILLAS: Acogióse al escondrijo
de *Requiem*.

MONTILLA: Fuése a Fidelium.

BOCEGUILLAS: Será un sepulcro su hospicio.

MONTILLA: No más amos.

BOCEGUILLAS: No más almas.

GREGORIO: ¿Qué es lo que me ha sucedido?

¿Burlaréme de ilusiones?

¿Creeré, cielos, lo que he visto?

A MONTILLA

¡Montilla, alto, al coche!

MONTILLA: ¡Tiemblo!

BOCEGUILLAS: Con ser Agosto, tirito.

GREGORIO: ¡Lo presente! ¡Lo distante!

¡Lo futuro! ¿Y no me inclino

a daros fe, confusiones?

¿No soy cristiano?

MONTILLA: Y lo afirmo.

GREGORIO: Divirtamos por el Prado

los presagios a delirios

que me están desvaneciendo.

MONTILLA: Mucho huelo, y no es tomillo.

*Vanse MONTILLA y don GREGORIO. Sale doña ANA,
de mujer, mas no cubierta*

ANA: Boceguillas, ¿qué te has hecho?

BOCEGUILLAS: ¡Jesús! No me boceguillo;

abrenuncio, alma cagona.

¿Qué me quieres? ¿No te sirvo?

ANA: ¡Ah, traidor! ¿Tú me escuchaste?

BOCEGUILLAS: Que te apartes te suplico;
que entre mi miedo y tus llamas
me van dando calofríos.

ANA: ¡Anda, borracho, que es todo
patarata cuanto has visto!
Don Gómez soy; ¿de qué tiembras?
En cuerpo y en alma vivo.
Tócame, dame esa mano.

BOCEGUILLAS: Eso no. ¡Por Jesucristo!

ANA: Pues ¿qué temes?

BOCEGUILLAS: Que al instante
me la conviertas en cisco.

Tómasela por la fuera

ANA: ¿Asegurarás te agora?

BOCEGUILLAS: ¡Ay, que me quemas! Quedito.

ANA: ¿Estás ya desengañado?

BOCEGUILLAS: *Tanti quanti.*

ANA: A don Francisco
ofrecí que se viniese
a estas horas y a este sitio,
vería en él a mi dama;
porque con este artificio
desmienta celos que tiene,
creyendo que le compito.

BOCEGUILLAS: Buena traza; mas ¿qué es de ella?

ANA: Yo soy dama de mí mismo.

BOCEGUILLAS: Puedes, porque ya sospecho

ANA: ¿Qué?

BOCEGUILLAS: Que eres hermafrodito;
mas hétele al ruin de Roma.

*Sale don FRANCISCO. Doña ANA se
cubre*

ANA: Llámale acá:

BOCEGUILLAS: ¡Qué tardío

es vusted! Aquí aguardamos
mi señora y yo habrá un siglo.

FRANCISCO: ¡Oh, señora! ¿Tal favor?

ANA: ¿Sois el señor don Francisco?
Boceguillas, di si es él.

BOCEGUILLAS: Como diez y tres son cinco.

FRANCISCO: Débole tanto a don Gómez,
que, como entre los amigos
no hay venturas reservadas,
darme parte de ésta quiso
para que se la envidiase.

*Salen doña PETRONILA y MELCHORA, con
mantos*

PETRONILA: No hay, Melchora, descubrirlos;
plegue a Dios que no suceda
la desgracia que adivino.

MELCHORA: Mejor irás en el coche.

PETRONILA: No iré tal; que ansí registro,
sin nota, lo que no veo.

ANA: Quiéneos mi dueño infinito,
y yo, por el mismo caso
que sé que en esto le sirvo,
es fuerza que mucho os quiera.

FRANCISCO: Dichoso yo si a serviros
ese favor acertase.

Quedan los dos hablando entre sí

PETRONILA: Oye. ¿Aquél no es don Francisco?

MELCHORA: Y la hermana compañera.
Una de estas buscaruidos.

PETRONILA: ¿En el Prado y a tal hora
dama tapada?

MELCHORA: ¿Hay cilicios?
Que ansi llamo yo a tos celos
por lo áspero y pungitivo.

PETRONILA: ¿Celos? No; mas sentimientos,
algunos, aunque remisos;
que el desprecio las mujeres,
sin que amemos, le sentimos.
Retírate entre estas matas.

*Acechándolos. Doña Ana, don FRANCISCO,
y BOCEGUILLAS a un lado y doña PETRONILA y MELCHORA a la
otra*

ANA: Tiene don Gómez hechizos
que salen con cuanto quieren;
afírmame que es novicio
en la cruz blanca, y lo creo,
que es muy mozo; con que, fío
en su amor y noble sangre;
que brevemente ha de unirnos
el tálamo deseado,
viviendo en paz y en servicio
de Dios y vuestro.

PETRONILA: Melchora,
peor es esto. ¡Ay, celos míos!

MELCHORA: Quien escucha su mal oye.

BOCEGUILLAS: (¡Lo que ensarta el barbilimpio!) Aside

FRANCISCO: Aunque no merezco veros,
ni es bien me atreva a pedir
sin orden suya favores
de estima tanta, os afirmo
que de su elección discreta,
sútil ingenio y juicio,
no es posible deje ser
vuestro amor del suyo digno;
y que esposos os deseo.

ANA: No querrá tan bien nacido
sujeto dejar bastardo
a tan hermoso angelito,
pudiendo legitimarle.

FRANCISCO: ¿Don Gómez tiene en vos hijo?

ANA: Tiene en uno un cielo todo,

su rostro, sus ojos mismos,
hasta un lunar, Dios le guarde,
que ha de ser Cristobalico
el Adonis de la corte,
la envidia de los Narcisos.

MELCHORA: Adobándose va el ojo.
¿No oyes esto?

PETRONILA: (¡Ah, fermentido Aparte
Faltas que en ti sospechaba,
¡qué caras las averiguo!)

ANA: Sígole desde Florencia,
puesta mi patria en olvido,
atropellando respetos,
si arrojados, bien nacidos;
concebí en Génova, y luego,
en Madrid, clima benigno,
sacaron a luz dolores
un serafín en un niño.

FRANCISCO: ¿Y llamáisos vos, señora?

ANA: Doña Greida.

BOCEGUILLAS: (Ya le aplico Aparte
para estameñas y manchas.
¡Válgate el diablo por tipló!)

ANA: Lo que me ordenó mi dueño,
como acostumbro, he cumplido.
Tiempo es de dar vuelta a casa.

FRANCISCO: Iré sirviéndoos.

ANA: No admito
esa merced. Dios os guarde.

FRANCISCO: Y a vos, siendo yo el padrino,
os canten epitalamios,
aplausos y regocijos.

*Doña ANA se aparte de él y dice a
BOCEGUILLAS*

ANA: Boceguillas, llega el coche
y saca de él el vestido
varonil; cortinas echa.

BOCEGUILLAS: ¡Jesús! De ti me santiguo.

Vanse

PETRONILA: Melchora, ¿que esto A mis ojos
haya pasado y respiro?
¿Esto yo misma he escuchado?
¿Y estoy viva?

MELCHORA: ¿Qué hay perdido?
Dos nos ruegan en que escojas
don Gregorio y don Francisco;
te pretenden y idolatran
a pares como zarcillos.

PETRONILA: ¿Cuándo escogieron los celos?
Abrásome, desatino.

Salen don GREGORIO y MONTILLA

GREGORIO: He de saber, ¡vive Dios!
si soñando quimerizo,
o son fantásticas sombras
las que hospeda este distrito.
¿Yo sin verla? ¿Yo cobarde?

MONTILLA: Porque me fuerzas te sigo
con más miedo que vergüenza.

GREGORIO: ¿No es ésta?

Temblando

MONTILLA: Sí, señor mío
con otra para el lacayo.
Sobre calaveras piso.

GREGORIO: ¡Alma! ¡Fantasma! ¡Embeleco,
o lo que sois! Yo imagino
que burlas vuestras...

PETRONILA: ¿Qué es esto?
Hombre, ¿estáis en vos?

*Sale doña ANA, de caballero, con la cruz, y
BOCEGUILLAS*

ANA: Amigo,
¿hallastes aquí a mi Greida?

FRANCISCO: Y en ella todo el prodigio
de la discreción y gracia;
¡qué de almíbar que os envidio!
De padre os doy parabienes.

*Estos don [doña ANA y don FRANCISCO] a un
lado*

GREGORIO: Yo tengo de descubriros.

PETRONILA: Yo notaros de grosero.

*Estos tres [don GREGORIO, doña PETRONILA, y
MELCHORA] aparte*

ANA: ¿Y la cara?

FRANCISCO: Nunca quiso,
mosteármela.

ANA: Era ya noche.

PETRONILA: Don Gregorio, si el jüicio,
como la salud, no os falta,
advertid que habrá castigos
a desenvolturas vuestras.

Porfiando descubrirlas

MELCHORA: Aquí de los comedidos.

A voces

¡Caballeros! ¡Ah, señores!

*Descúbrelas. Júntanse
todos*

ANA: ¿Qué es esto?

A doña ANA

GREGORIO: Ya yo adivino
la causa de estas quimeras:
puerta me abrió el laberinto.
Vos, don Gómez, más que diestro,
venturoso o atrevido,
que el acero en una venta
osastes medir conmigo,
del otro mundo buscáis
embelecos y artificios
que; mi amor desazonando,
os excusen de peligros;
pero no os valdrán agora.

Saca la espada

ANA: Aquí soy lo que allá he sido.

Desnuda la suya

FRANCISCO: Doña Petronila, ¿vos aquí?

A MELCHORA

BOCEGUILLAS: Y tú, ¿sales del Limbo?

MONTILLA: ¿Quién te vistió de alma en pena,

Melchora?

BOCEGUILLAS: De eso poquito;
que yo solo me enmelchoro,

MONTILLA: Pues, mandilón, ¿tú conmigo?

PETRONILA: Mataos todos y vengadme
los tres de vosotros mismos,
que a todos os aborrezco;
todos me babéis ofendido.

FRANCISCO: Yo a vos, ¿en qué?

PETRONILA: En ser mudable.

ANA: ¿Y yo?

PETRONILA: Vos, por fermentido,

A don GREGORIO

como vos en ser grosero.

A los lacayos [BOCEGUILLAS y MONTILLA]

MELCHORA: Y los dos por gomecillos.

GREGORIO: Don Gómez, seguid mis pasos.

ANA: A atajároslos os sigo.

FRANCISCO: Yo tras vos.

PETRONILA: Y yo tras todos,
que adoro lo que persigo.

*Vanse doña ANA, doña PETRONILA, don
GREGORIO, y don FRANCISCO*

MONTILLA: ¿Y nosotros tres en raya?

BOCEGUILLAS: Dígalo Melchora.

Al uno y al otro

MELCHORA: Digo
que de él no se me da un clavo,

y de él no se me da un pito.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen doña ANA de galán, con la cruz,
y BOCEGUILLAS*

ANA: Quedamos, en fin, amigos
 interveniendo terceros.

BOCEGUILLAS: Nunca manchan los aceros
 pendencias en que hay testigos;
 mas ¿tienes seguridad
 de amistad reconciliada?

ANA: La suya es la interesada;
 pues ya, sin dificultad
 de mi venganza y mis celos,
 ni la muerte he de pedirle
 de mi hermana, ni impedirle
 la que causa sus desvelos.
 Hase informado que estoy
 con doña Greida casado.

BOCEGUILLAS: ¡De sí mismo enamorado!
 Ayer don Gómez, Greida hoy;
 que lo crea no es gran cosa;
 pero ¿esto en qué ha de parar?

ANA: En que no se ha de casar
 con la Petronila hermosa.

BOCEGUILLAS: ¿Y la amistad?

ANA: ¡Qué sé yo!
 No me apures tantas veces.

BOCEGUILLAS: Aqueso es volver las nueces
al cántaro. ¿Por qué no?

ANA: Porque en el alma he sentido
no lograrle mi cuñado;
don Gregorio, en lo aliñado,
lo bizarro, lo entendido,
no admite comparación.
¡Oh, si doña Ana viviera
y esposa suya se viera,
qué proporcionada unión!

BOCEGUILLA: No te entenderá un Pasquín;
despachábale tu herida
o a la posta, o a la brida,
al infierno; sano, en fin,
disfrázaste en alma en pena
porque le mate tu espanto,
¿y agora le quieres tanto?

ANA: Cuanto más se me enajena,
más sus diversiones siento.

BOCEGUILLAS: Constrúyate el Anticristo.

ANA: Mira, celos son un mixto
de amor y aborrecimiento.

BOCEGUILLAS: ¿Amor tú? ¿Por qué, siendo hombre?
¿Celos? ¿Por qué, no mujer?

ANA: Yo llegué tanto a querer
la difunta, no te asombre,
que aún está viva mi hermana
en mí y muerto en ella estoy.
Ten por sin duda que soy
más que don Gómez doña Ana;
pues si amor nos encadena,
¿ya de qué te admirarás?

BOCEGUILLAS: Agora te juzgo más
que la otra vez alma en pena.

Sale don GREGORIO

GREGORIO: Si tiene algo de fineza,
don Gómez, el visitaros

y por la mano ganaros
en esto, para firmeza
de nuestra nueva amistad,
sírvaos de satisfacción
que tengo en el corazón,
en el alma y voluntad
cuanto os afirman los labios.

ANA: No fuéades vos, señor,
tan noble, si ese favor,
(ya se olvidaron agravios) Aparte
las ventajas no me hiciera
que de vos mi pecho fía;
y podrá ser que algún día,
(¡ojalá el presente fuera!) Aparte
conozcáis lo que deseo
serviros.

BOCEGUILLAS: (Ello dirá.) Aparte

GREGORIO: Si a la experiencia se da
crédito, ya en vos lo veo.

ANA: Pues no lo digáis en vano,
porque me oso blasonar
que no os habéis de casar
si no fuere por mi mano.

GREGORIO: Eso es doblarme venturas.

ANA: Cualquier difícil amante
necesita de un trinchante,
que amor todo es coyunturas,
y si una vez las erráis
nunca acertaréis con ellas.

GREGORIO: No imagino yo perdellas
si vos me las sazonáis,
porque, ¿con qué no saldréis
si con la invención salistes
a que ayer me persuadistes?
Notable sois; no creeréis
cuán, por sin duda, os juzgué
espíritu de doña Ana.

ANA: ¿Cómo es eso?

GREGORIO: En sombra humana
su alma misma imaginé

que a darme quejas venía.

ANA: No os entiendo.

GREGORIO: ¿Cómo no?

ANA: Don Gregorio, nunca yo
tuviera tanta osadía
que el papel de un alma hiciese
que está gozando de Dios;
pero ¿visteis algo vos
que mi hermana os pareciese?

Porque, si he de hablar verdad
refiriéndoos lo que pasa,
las más noches en mi casa,
apenas la obscuridad
mata las roces al sueño,
cuando una voz lastimosa
nos despierta querrellosa,
al principio con pequeño
estrépito; mas después,
con cadenas, con gemidos,
nos atruena los oídos,
sin que hasta hoy sepa lo que es.

Mudé posadas creyendo
que era duende lo que os digo;
pero mudóse conmigo
con sus cadenas y estruendo.

GREGORIO: ¿Qué decís?

ANA: ¿Qué? Boceguillas,
cuenta tú lo que ha pasado,
pues, como yo, lo has lastado.

BOCEGUILLAS: Contaréle maravillas
a vuesasted que le obliguen
a santiguarse. Antenoche
sentí en el desván un coche
a quien seis jayanes siguen
arrastrando seis capuces
con hachas de cera pez,
dando aullidos cada vez
que se apagaban las luces;
tras todos, de un blanco velo
cubierto un cuerpo miré,

tan alto, que imaginé
que desollinaba el cielo;
gemía de cuando en cuando
cual si de parto estuviera;
bajaron por la escalera
seis cadenas arrastrando,
y entraron en mi aposento
sin perdonar escondrijo;
entonces un jayán dijo,
"Éste, que roncando siento,
y se llama Boceguillas,
sirve a su amo de trainel;
a la pelota con él
juguemos." Yo, de rodillas,
dije, "Si del Purgatorio
sois, ¿qué mal os hice yo?"
Y el alma me respondió,
"Anda y dile a don Gregorio
que pena por él doña Ana,
porque si luego le avisas
que diga por mí mil misas,
me iré a los cielos mañana."
Tarde es; mas ya se lo digo.

GREGORIO: ¿Eso puédesse creer?

ANA: ¡Oh! Si llegáis a saber
lo que ha pasado conmigo,
mi crédito haré dudoso.

GREGORIO: Al punto mando decir
las misas por no impedir
su descanso.

ANA: Sois piadoso.

GREGORIO: ¡Por Dios! que anoche creí,
don Gómez, que érades vos,
cuando reñimos los dos;
porque como luego os vi
en el traje que ahora estáis
y mis sucesos sabéis,
con la fama que tenéis
de las burlas que inventáis,
dije, "¿Este mozo me incita

para otro riesgo segundo
con cosas del otro mundo?"

ANA: Nunca el cielo tal permita;
los sufragios que os exhorta
se hagan por ella mañana;
porque, difunta mi hermana
y en el cielo, ¿qué la importa
que sea vuestra esposa o no
doña Petronila?

BOCEGUILLAS: Poco.

GREGORIO: Tendréisme con eso loco.

ANA: Otro estorbo temo yo
que es harto más importante
entre vos y vuestra dama.

GREGORIO: ¿Cuál es?

ANA: Don Gómez se llama,
primo, galán, estudiante
y, sobre todo, bien visto
de la que es con vos crüel.

GREGORIO: Algo me han contado de él.

ANA: Matémosle.

BOCEGUILLAS: (¡Vive Cristo! Aparte
que no es posible que sea
sino engendrado a jirones
de embelecos y invenciones
este tiple taracea.)

GREGORIO: Pues él ¿en qué os ha ofendido?

ANA: En el nombre lo primero,
puesto que Portocarrero,
en que se haya entremetido,
mandón de la que os abrasa
tanto, que podéis temer
que este primo se ha de hacer
primogénito de casa
en que su traje molesta
a todos; pues al instante
que un zafio ve a un estudiante,
dice, "daca la ballesta,"
en que compita con vos
y aumente vuestros desvelos.

GREGORIO: ¿Mas si tuviédes celos
de él?

ANA: ¿Yo celos? Bien, por Dios;
como de mí.

GREGORIO: ¿Negaréisme
que no amáis a la que adoro?

ANA: ¿Yo? Como al rejón el toro.
Don Gregorio, amigo, ¿veisme?
Pues a fe de caballero
que os amo más mucho a vos
que a esa dama y a otras dos.
La amistad es lo primero;
desde que nos conformamos
sois dueño de mis acciones;
fuera, si, de obligaciones
que, si nos comunicamos,
sabréis.

GREGORIO: Ya me han referido
de no sé qué Greida.

ANA: ¿Quién?

GREGORIO: Que os quiere y le queréis bien.

ANA: ¡Por Dios! ¿Qué, lo habéis sabido?
Pues yo os juro que es de suerte
lo que está conmigo unida
que nos alienta una vida
y nos espera una muerte.

BOCEGUILLAS: (En esto no hay solecismo, Aparte
pero hay infinito enredo.)

GREGORIO: Confiado habláis.

ANA: Y puedo
del modo que de mí mismo.
Volvamos al estudiante
que ha de morir. ¡Vive Dios!
Por mí, cuando no por vos.

GREGORIO: ¿De qué suerte?

ANA: Es él rondante
y espadachín cuantas noches
llama el silencio al reposo,
y en extremo tan celoso,
que en la calle cuantos coches

pasan ha de registrar,
cuanto aventurero andante,
que, aunque al tal primo estudiante,
vuestra dama dé lugar
y entrada cuando es de día,
de noche no, que su puerta
para ninguno está abierta;
puesto, aunque es malicia mía,
que asistente en una reja
las más le sale a escuchar,
y con él suele hablar
hasta que al indio el sol deja;
hánmelo mentido así
y es bien que lo averigüemos;
la siguiente, pues, iremos,
y si le hallamos allí,
acabaremos con él;
si no, os habéis de fingir
don Gómez, y hacer salir
la dama, creyendo es él;
que con la seña engañada
al instante acudirá,
y allí vuestro amor sabrá
si está del primo prendada,
para que con causa justa
de tramoyas os venguéis.

GREGORIO: Las cosas que proponéis
son extrañas; mas, pues gusta
vuestra amistad, no hay en mí
dificultad.

ANA: A las dos
os espero.

GREGORIO: Amigo, adiós.

ANA: ¿Queda esto así?

GREGORIO: Quede así.

Vase don GREGORIO

BOCEGUILLAS: ¿Estás harto de tejer

marañas? ¿Sóbrate estambre
para otras? ¿Tú de ti mismo,
dama, maltés, estudiante?
¿Tú, contigo compitiendo,
a ti mismo has de buscarte?
¿A ti mismo perseguirte
porque a ti mismo te mates?
¿Qué habemos de sacar de esto?

ANA: Boceguillas, pues no sabes
mis fines, no los censures.

BOCEGUILLAS: Ya estoy en que me mandaste
oír y ver y callar;
oigo y veo, que esto es fácil,
pero querer que en el golfo
de tanto embeleco calle,
es poner al campo puertas.

Sale MELCHORA con manto

MELCHORA: Señor don Gómez, Dios guarde
a vuesa merced.

ANA: ¡Melchóra!
¿Adónde bueno?

MELCHORA: A buscarle.
"Mensajera sois, amiga,"
etcétera. El corretaje
que traigo, no pide partes;
mándame a que le cante,
mi señora, o que le rece,
lo antiguo de aquel romance,
"Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni mires a mis ventanas
ni..." Ya sabrá lo restante.
Vuesa merced, represente
el papel del dicho Zaide;
porque está, si no lo cumple,
a peligro que le maten,
o que sepa la justicia

sus mujeriles disfraces
siendo hombre, y tan para hombre
que diz que le llaman padre
o taita Cristobalitos
y Greidas que le desmanchen.
Mi sá doña Petronila
acaba ahora de sacarse
la muela que le ha dolido,
si no mucho, lo bastante,
siendo el gatillo sus celos;
y, si bien escupe sangre,
hay Franciscos y Gregorios
con que sus penas enjuague.
Está en duda con cuál de ellos
brevemente se entalame,
y hay consulta de parientes
en nuestra casa esta tarde;
teme que se la alborote,
y en mujer tan importante
ya verá lo que se arriesga
con el más mínimo achaque.
Dije, y voyme..Adiós, seor mío.

ANA: No has de irte sin que te pague,
Melchora, tan buenas nuevas;
será el premio este diamante.

Dásele

¡Gracias a Dios que saldremos
de empeños en que a engolfarme
me llevaban, agua arriba,
obligaciones tan grandes!
¡Qué discreta es tu señora!
Con cualquiera que se case
de los dos, tan mis amigos,
hallará dichas iguales
que den envidia a esta corte,
y yo excusaré desaires,
si a Cristóbal legitimo,

que está temiendo su madre.

Dila esto, y adiós.

MELCHORA: ¡Tan seco!

¡Jesús! ¡Don Gómez! ¡Tan grave!

¿Vuesasted la quiso bien?

ANA: Pues ¿qué he de hacer?

MELCHORA: ¿Qué? Colgarse

de una viga; dar suspiros

que un neblí no los alcance;

retar, celoso, a Zamora.

ANA: Eso, amiga, solía usarse

en farsas matusalenas;

no hallan celos ya a quién maten;

está muy cristiano amor

y tiembla de condenarse

si loco se desespera.

Vete, y dila de mi parte

que la doy mil parabienes.

MELCHORA: Pues, mire, por más que trague

hacia adentro sentimientos

y disimule pesares,

yo sé que tiene el pechito

con más agujas que un sastre.

Vaya allá vuesa merced,

pero no le diga a nadie

que yo le di tal consejo,

porque, así Dios me depare

marido que me merezca,

que me ha mandado que llame,

mi señora, deudos suyos

que en casa han de convocarse

para lo que le refiero.

ANA: Pues ¿qué quieres, si a intimarme

que no vaya allá te envía?

MELCHORA: ¡Jesús! ¿Pues eso cree? Calle.

¿Luego ignora que en los celos

son mizes todos los zapes?

Vaya luego allá, y adiós.

Vase MELCHORA

ANA: ¿Qué dices de esto?

BOCEGUILLAS: Que acabes
con todos: o dentro o fuera.

ANA: Don Francisco ha de casarse
con ella, o yo no ser hombre.

BOCEGUILLAS: Pues ¿agora no acabaste
de decir a don Gregorio
que te busque y que te mate
porque su dama se quede
sin estorbos que la embarguen?
Pues ¿cómo impedirle puedes
que este otro agora se case,
si para entrar en su casa
tienes peligros tan grandes?
Pues sus deudos, también dijo
Melchora que han de matarte
si entrar con ella te ven,
conque por ninguna parte
hay puerta para tu enredo,
aunque más máquinas halles.

ANA: Dije, y tengo de cumplirlo.
¿Dudas tú que a mí me falten
medios con que entrarla a ver
y mis cautelas la engañen?
Allá he de entrar luego al punto.

BOCEGUILLAS: Luego, ¿los dos han de darle
la mano a la Petronila?
¿Con los maridos a pares?

ANA: Seránlo a pares, o a nones.

BOCEGUILLAS: Y, hecho el dicho maridaje
imposible, ¿con quién piensas
casar tú?

ANA: Contigo.

BOCEGUILLAS: ¡Zape!

ANA: Boceguillas, lo del alma
en pena me es importante
que se apoye.

BOCEGUILLAS: ¿De qué suerte?

ANA: Escúchalo. ¿Tú no sabes
dónde el don Gregorio vive?

BOCEGUILLAS: ¡Lindamente, barrio y calle!

ANA: ¿Tiene en casa otros vecinos?

BOCEGUILLAS: Pienso que ayer vi mudarse
los que en el cuarto de arriba
moraban.

ANA: Si se quedase
vacío, fuera esta suerte
de mi sutileza examen.
Anda, vamos a saberlo.

BOCEGUILLAS: Pues ¿qué tenemos?

ANA: Donaires
que me saquen venturoso.

BOCEGUILLAS: ¡Oh, casa de los orates!

*Vanse. Salen doña PETRONILA, don FRANCISCO y
don GREGORIO*

PETRONILA: Digo, pues, señores míos,
que, sin consultar consejos
de mis deudos, aunque viejos,
primos, parientes y tíos,
no tiene mi elección bríos
para ponerme en estado;
para esto los he llamado,
las muchas partes propuesto
de los dos; y según esto,
libré en ellos mi cuidado.

Los bien nacidos pleitean
como tales a lo igual,
litigan al tribunal;
pero siempre que se vean
es justo que amigos sean;
que yo, en habiendo quistión
que cause murmuración,
desde luego les intimo
que más que el casarme estimo
mi fama y reputación.

GREGORIO: Sois tan cuerda, mi señora,
que yo convencido quedo
y las ventajas le cedo
a mi opuesto desde agora;
vuestra suerte se mejora
en empleos de su amor,
y yo, que de su valor,
aunque parte, soy testigo,
le quiero más para amigo
que para competidor.

FRANCISCO: Discreción y bizarría
airosamente juntáis;
mas no es bien que me vengáis,
amigo, en la cortesía:
yo os renuncio la acción mía,
que amor que obliga beldades
no funda felicidades
la vez que elige mujeres
en ajenos pareceres,
sino en propias voluntades.

Esta señora os la tiene,
sus ojos la muestra os dan,
dejáis por ella a Milán,
y quien de tan lejos viene
no es justo que se enajene
de prenda que suya fue.
Yo, que muerto la causé
llantos que quiero debella,
volviendo a morir por ella
la plaza os despejaré.

PETRONILA: ¿Finezas entre los dos
a mi costa, caballeros?
¿De qué podéis ofenderos
vos, don Gregorio? ¿Ni vos?
Soy noble; no quiera Dios
que me resuelva arrojada
a cosa...

Dentro

ANA: ¡Y á la cuajada!
PETRONILA: ...que al mundo dé qué decir,
 pues yo no os he de elegir
 a deudos subordinada.
 ¿Por qué el uso no desprecio?
 ¿Por qué a los dos no os admito?
 ¡Por qué mi estado remito
 a quien haga de él aprecio?
 Reparad que es caso recio
 el de esa resolución,
 cuando en vuestra discreción,
 en fe de tan estimada,
 me fio.

*Sale doña ANA de cuajadera; toca de rebozo
hasta la nariz, sombrero, mangas y fundillas blancas; enaguas de
cotonía; devantal, con pliegues, blanco; una olla de cobre
en una cesta, cubierta con unos manteles que lleva en una mano, y
en la otra un cucharón de hierro*

ANA: ¡Y a la cuajada!
 ¡Válgale la maldición!

 ¿Han visto cuál se me atreve?
 No hay escolar más molesto
 en todo Madrid.
PETRONILA: ¿Qué es esto?
ANA: ¿Esto? Éntrome acá, que llueve.
PETRONILA: ¿Qué queréis?
ANA: No se apitone.
 Un demonio de estudiante,
 que siempre lo hallo delante,
 de suerte se descompone
 por dondequiera que paso
 con pellizcos, con locuras,
 malicias, desenvolturas,
 que, aunque de ellas no hago caso,
 me ha obligado a que huya de él

y me éntre sin ton ni son
en su casa de rondón.

PETRONILA: ¿Estudiante es?

ANA: Es la piel
del diablo, que le engendró.
no me deja a sol ni a sombra.

PETRONILA: ¿Sabéis vos cómo se nombra?

ANA: Un su mozo le llamó,
porque otro lo pescudaba,
don Gomia Porchocarrero.

PETRONILA: Don Gómez Portocarrero
diréis.

ANA: Sí; despacio estaba.
la moza para estodiar
si es don Gómez, Gazmio o rollo.

PETRONILA: Mi primo es.

ANA: Pues si es su pollo,
calcilla le puede echar.
¿Quiere vuesasted cuajada
para aquestos caballeros?

PETRONILA: ¡Buena merienda!

ANA: Sin sueros,
limpia, fresca y sazonada;
más dulce es que una conserva;
al azúcar la aventajo;
pruébela, que no es de cuajo;
a fe mía que es de hierba.

Saca una cucharada

Aunque esas manos, que pellas
son de nieve en el color,
venden cuajada mejor;
comerse puede tras ellas
las suyas un capitán.

Tómaselas

PETRONILA: ¡Aduladora!

ANA: A ver. Llegue.

A fe que no es su jalbegue
de almendras ni solimán.

¿Con qué se las lava? ¡Rara
blancura? Amor, tú dirás
que lleve el diablo lo más
con un poco de agua clara.

PETRONILA: Entre grosero y pulido.

sabéis aliñar primores.

¿Visteis vosotros mejores
ojos?

ANA: No son lo que han sido.

FRANCISCO: Airosa es la cuajadera.

GREGORIO: Corred la cortina o toca

que nos priva de la boca.

ANA: Por otro tanto me diera

su sotana el estudiante;

no la hallara con sazón;

atrevióse el neguijón

a uno de éstos de delante.

Libre el cielo los que en vos
guarnece de carmesi.

A doña PETRONILA aparte

Écheme a los dos de aquí,
que tengo que hablarla.

A todos

Adiós,

que pierdo tiempo y es tarde.

¡Y a la cuajada...!

PETRONILA: Esperad.

Licencia los dos me dad.

GREGORIO: Dios, bella señora, os guarde

para que mucho os logréis

con la prenda que os mereeé.

PETRONILA: Si a mis deudos os parece
que es bien que sobre esto habléis,
miradlo; y cada cual crea
que, sin hacer distinción
de entrambos, mi inclinación
acertar sólo desea.

GREGORIO: No sé en eso lo que os diga,

Vase

FRANCISCO: Tampoco dichoso soy,
que por exclusivo me doy.

Vase

PETRONILA: ¿Yo qué he de hacer, pues, amiga?

¿Qué hay de nuevo?

ANA: Que acabemos
con celos y impertinencias.

*Quita la toca, desnuda lo de mujer trae la espada
debajo del vestido, a la espaldas, atada con el tahalí,
queda en cuerpo, como hombre; saca de la cesta la capa y la
guarnición de la espada, que es de tornillo*

PETRONILA: ¡Jesús! ¿Hay tal osadía?

ANA: No ha sido ésta la primera
en que tus desconfianzas
la vida y gustos me arriesgan;
tu condición es terrible.
Melchora, sal acá afuera;
desnúdame de estas burlas
para que hablemos de veras.

Sale MELCHORA

PETRONILA: Pues ¿qué dirán los que entraren
cuando aquí en cuerpo te vean?

ANA: Veránme en cuerpo y en alma
andar por tu causa en pena.

*Desnudándola Melchora tiente la espada a las
espaldas*

MELCHORA: ¿Qué es esto duro?

ANA: La espada.

MELCHORA: ¿La espada? ¿Quién tal creyera,
ingenioso embelequista?

ANA: Melchora, amor que no inventa
no vale dos caracoles.

*Pone a la espada la guarnición,
ciñésela; pónese el sombrero que trujo, y
queda galán con la cruz al pecho*

MELCHORA: Cada día hay cosas nuevas.

¿Y la guarnición, la capa,
con lo demás?

ANA: Esa cesta
me sirvió de guardarropa.

PETRONILA: ¡Buena cuajada!

ANA: Y tan buena,
que ha de cuajar mis venturas.

A MELCHORA

Allá esos vestidos entra,
llevarálos mi criado.

PETRONILA: ¿A quién?

ANA: A una esclava negra
de mi huésped.

MELCHORA: Cotonías
son la gala de Guinea.

*Mete MELCHORA todo lo demás de este embeleco
y vase*

ANA: Agora, pues, mi enojada,
que no hay disfraces que temas,
¿sobre qué es la pesadumbre?
¿en qué estriban, tus ofensas?

PETRONILA: Que tal oses preguntarme,
¿llamárelo desvergüenza?

ANA: Pues ¿qué he hecho yo contra ti?

PETRONILA: ¿No es nada, la doña Greida
para esposa apalabrada
cuando arrimes la encomienda,
y el señor Cristobalico
que legitimes?

ANA: ¿Quisieras,
mi bien, tú, que antes de verte,
entre hechicero y profeta,
adivinara en Italia
mi ventura y tu belleza,
y a pesar de lindas brides
conservara su entereza
el caballero del sol,
reservado a la princesa
Claridiana o Clariluna?
Antes es bien que agradezcas
certidumbres que te saquen
de malicias que me afrentan.

PETRONILA: ¿Qué malicias?

ANA: Las escritas
en la carta de la venta
que me llaman mutilado:
ni bien hombre, ni bien hembra.

PETRONILA: ¡Qué a la cara me han salido,
don Gómez, aunque lo sienta;
lo que es más que imaginable!

En casarme estoy resuelta
con don Gregorio mañana.

ANA: ¿Con quién?

PETRONILA: Ha de ser por fuerza.
No te canses.

ANA: Muchas horas
hay que entre esta noche median
y mañana para hacer
que se acabe la tarea
en Viveros comenzada.
Veráste antes que amanezca
viuda; prevén luto y tocas,
y adiós para siempre.

Hace que se va

PETRONILA: Espera.
¿No sois ya los dos amigos?

ANA: ¡Gentil amistad!

PETRONILA: No sea
con él, pues lo sientes tanto;
don Francisco te agradezca
la mano que de mi parte
puedes ofrecerle.

ANA: En ésa
pongo yo el alma y los labios:

Bésasela

tal valor para tal prenda.

Muy enojada

PETRONILA: Pues, ¡ingrato, fementido,
engañamundos, no creas
que del uno ni del otro,
si hoy con la vida te dejan,

logre su amor esperanzas!
¿Han visto que sin dar muestra
de un pesar, aunque fingido,
la mano el traidor me besa?
¡Vete, falso a tu italiana!
Palabras la desempeña;
su bastardo legitima;
pero, con tal que no vuelvas
a esta calle ni a esta casa,
que, si su umbral atraviesas,
a un tiempo han de celebrarse
mis bodas y tus obsequias.

ANA: Eso sí, mi Petronila.
¡Cuerpo de tal! Pique, escueza.
Sepamos cuál de los dos
trae más fina la pimienta.
¡Qué villanos siempre han sido
los celos! Si no se vengan
de aquellos que más adoran,
juzgan su amor por afrenta.
¡Ea, pelillos a la mar!

Muy tierna

Celos me diste que queman,
celos te he dado que abrasan,
servido nos han de leña;
pues la brasa se ha encendido
a que el amor se calienta
y humo los celos se llaman,
echemos el humo fuera.
Yo te adoro--¡el cielo vive!
Si no bastan para prueba
de esta verdad los disfraces,
ya dama, ya cuajadera,
ya doña Ana, ya don Gómez,
ya estudiante, ya alma en pena,
¿qué ha de bastar?

Sale MELCHORA

MELCHORA: Yo, señora,
que he sabido, en mi conciencia,
que ni duerme el pobrecito
por ti, ni come, ni cena.
Si el bien se nos entra en casa,
¿qué diablos es lo que esperas?
Mira qué talle de alcorza;
mira qué cara de perlas.
Acaba, dale esa mano.

Finge doña ANA que llora

PETRONILA: ¿Qué es eso? ¿Lloráis?

ANA: Me aprietan
congojas no se si el alma.
No con vos crédito pierda
mi valor, que no es cobarde;
quien guarda para la guerra
las manos, y para un susto
de amor los ojos y lengua.

PETRONILA: ¿Pues la Greida?

ANA: Casaráse
con otro dándola hacienda
suficiente; pues me excusa
esta cruz, que no dispensa
tálamos embarazosos.

PETRONILA: ¿Y el Cristóbal?

ANA: Su nobleza
le sirva de patrimonio.

MELCHORA: Si es natural, no es afrenta.

ANA: Echará, si se lograre,
por las armas o la iglesia.

PETRONILA: Si esa cruz, pues, os impide
lazos lícitos con ella,
¿cómo podréis ser mi esposo?

ANA: Para la otra es cruz profesa;

pero para vos, novicia.

PETRONILA: Ahora bien. Templad tristezas
y infórmeme yo, entretanto,
de cosas que es justo sepa
para asegurar temores.

ANA: ¿Qué plazo asignáis?

PETRONILA: Abrevian
los deseos, cuando abrasan,
dilaciones que atormentan.

ANA: Comerme quiero esta mano
a besos.

Tómala la mano

MELCHORA: No se la beba,
que es de nieve y le hará mal.

ANA: Pues ¿cómo abrasa si nieva?

Muérdesela

[PETRONILA: ¡Ay! Bellaco sois, don Gómez.

MELCHORA: ¡Quedito! Señor, no muerda.

PETRONILA: Hechizo mío así sean
todos los hombres.

ANA: Envidia
corazón, labios y lengua.]

Vanse todos. Salen don GREGORIO y

MONTILLA

GREGORIO: ¿Qué hora es?

MONTILLA: Todo el cahiz
conté menos una hanega.

GREGORIO: Si un desengaño sosiega,
quien los admite es feliz.

Pensé esta noche rondar
a mi ingrata; ya no quiero.

MONTILLA: Rondela el Portocarrero
y--¡alto señor!--a acostar.

GREGORIO: Viva el dichoso estudiante,
pues sus intentos logró.
¿Por qué he de matarle yo
si el paso me echó adelante?
Venme a desnudar, Montilla.

MONTILLA: ¡Gracias a Dios que una vez
le hallo cuerdo! El almirez
nos despierte, campanilla
de todo poltrón galán.

GREGORIO: No, Madrid, en ti más llamas.

MONTILLA: ¡Fuego de Cristo en sus damas!

GREGORIO: Luego me vuelvo a Milán.

*Vanse. Sale doña ANA, de hombre, y
BOGEGUILLAS*

BOGEGUILLAS: Tu ingenio se me ha pegado.

ANA: ¿Cómo?

BOGEGUILLAS: Díjele al casero
que quería un caballero,
a Madrid recién llegado,
ver el cuarto que alquilaba,
porque, en saliendo contento,
sería tu alojamiento;
y él, aunque lo deseaba,
por no sé qué ocupación,
respondió que hasta otro día
mostrármelo no podía.
Dile entonces un doblón
redondo, divina salsa
que a todos los gustos sabe,
fióme al punto la llave
y entré por la puerta falsa
sin que nadie me sintiese,
metí cadenas y grillos
que ha de pasmar al oíllos
el tal--¡oh, si ya durmiese!--
y dite aviso al momento.

ANA: Comiéncese, pues, la esgrima.

BOCEGUILLAS: Estas piezas caen encima
de su cama y aposento;
a acostarse iban agora,
que yo los vi diligente
desde aquí.

ANA: Un convaleciente
mejor duerme que enamora.
¡Gentil modo de matar
al estudiante!

BOCEGUILLAS: Una herida
teme otra, y no hay mejor vida
que vivir.

ANA: Vuelve a mirar
si se han traspuesto los dos.

BOCEGUILLAS: ¿Por dónde?

ANA: Esa cuadra acecha.

Acéchalos

BOCEGUILLAS: Roncando, los soplos echa
de a legua y media. ¡Por Dios,
que es treinta Alcaldes Ronquillos.

ANA: Alto, pues, no lo dilates.

BOCEGUILLAS: ¿Qué falta?

ANA: Que la luz mates
y anden los ayes y grillos.

BOCEGUILLAS: De mí mismo tengo miedo.

ANA: Vaya.

BOCEGUILLAS: Aquí empieza la historia.

*Étranse, y allá dentro arrastran
cadenas, con ayes y todo estrépito*

ANA: ¡Ay, que me impide la gloria
un ingrato!

BOCEGUILLAS: ¡Ay, que no puedo
salir, por él, de las penas
inmensas del Purgatorio!

ANA: ¡Ay, remiso don Gregorio!

BOCEGUILLAS: ¡Ay, Montilla!

*En calzoncillos y camisa MONTILLA, con vestidos,
sábanas y mantas a cuestras*

MONTILLA: Mil cadenas
siento que vienen tras mí;
y mil demonios con ellas
dando aullidos y querellas.

BOCEGUILLAS: ¡Ay, que me abraso!

ANA: ¡Ay de mí!

MONTILLA: Conjúrote por el Credo
menos el Poncio Pilatos.

ANA: ¡Ay, hombres de viles tratos!

MONTILLA: Algalia sudo de miedo.
¿Qué me quieres, aullador?

BOCEGUILLAS: Misas.

MONTILLA: ¿Soy yo San Gregorio?
¿He arrendado el purgatorio?
¿Fui yo acaso colector?

*Sale don GREGORIO, en jubón y calzoncillos,
con la espada desnuda*

GREGORIO: ¿Qué calabozos se pasan
desde el infierno a este puesto?
¿Montilla?

MONTILLA: ¡Señor!

GREGORIO: ¿Qué es esto?

MONTILLA: ¡El Juicio!

ANA: ¡Ay! ¡Que me abrazan
llamas sin luz invisibles!
¿Por qué en mis penas no avisas?

GREGORIO: Visiones, ¿qué queréis?

LOS DOS: Misas

GREGORIO: Yo os prometo las posibles.

A voces lastimadas. Mucho estruendo

ANA: Mientras que en el purgatorio
 esté, porque tú lo quieres,
 tener sosiego no esperes
 ni casarte, don Gregorio.

GREGORIO: ¡Sombras, que os juzgo infernales!
 No os he de tener temor.
 Quita.

MONTILLA: ¿Dónde vas, señor?

Hace cuchilladas al aire

GREGORIO: ¿Qué sé yo?

MONTILLA: No son mortales
 los que aúllan, sino sombras
 de azufre y hierro cargadas;
 ¿de qué sirven cuchilladas?

GREGORIO: Quédate tú, que te asombras;
 subiré al cuarto de arriba,
 que en mí el espanto no cabe.

MONTILLA: Si está la puerta con llave
 sin persona que le viva
 por más que intentes, ¿qué harás?
 El diablo aquí te hospedó.

GREGORIO: Pues, ¿qué he de hacer?

MONTILLA: Lo que yo:
 afufallas.

GREGORIO: ¿Dónde vas?

MONTILLA: Voyme a la, caballeriza,
 refugio a todo lacayo
 donde jamás cayó rayo
 ni fantasma atemoriza,
 ni los riesgos ordinarios
 de vientos y terremotos;
 los rayos son muy devotos,
 que buscan los campanarios,
 palacios y galerías.

Acójome a estercolar
el sueño.

Vase

GREGORIO: Si han de durar;
hasta que alumbren los días,
todas las noches espantos
semejantes, sin dormir,
mejor me estará salir
y excusar estruendos tantos,
no de temor; todo el techo
se viene abajo.

*Se hace mucho ruido. Arriba los dos, doña ANA
y BOCEGUILLAS, que se vean*

BOCEGUILLAS: Sí hará.

ANA: Boceguillas, bueno está;
lucidamente lo has hecho.
¡Alto, A la tal falsa puerta
con todo el fantasma ajuar!

BOCEGUILLAS: Bien puedo representar
diez almas.

ANA: No quede abierta
la casa. Ven.

Vanse

GREGORIO: Saber quiero,
pues por hoy no he de dormir,
si a su dama va a asistir
el primo Portocarrero
y está a la reja admitido
de quien conmigo es crüel.
Podrá ser que vengue en él
lo que en casa no he podido.

*Vase. Sale don FRANCISCO como de
noche*

FRANCISCO: Esta vez, sospechas mías,
he de ver si salís falsas,
o el duplicado don Gómez
con vil cautela me trata.
He recelado que tiene
como los nombres las caras,
como el ingenio las obras,
y que me usurpa a mi dama.
En mis celos se deleita;
en sus ojos se retrata,
pues siempre en ellos he visto
que sus niñas le agasajan.
Si esto es así, lo que el día
a las malicias recata,
desquitarán por las noches
cohechos de sus ventanas.
Hagamos, pues, la experiencia.

*Rebozado don FRANCISCO y a la ventana
MELCHORA*

MELCHORA: A nuestras puertas se para
un hombre. ¿Si es el que espero?
La noche está tan cerrada
que diviso y no averiguo.
¿Pero si no es el que aguarda
el que las piedras nos cuenta?
¡Eh, caballero! ¿Quién pasa?

Aparte y luego a ella

FRANCISCO: (Ya tenemos un indicio.) Aparte

Don Gómez soy.

MELCHORA: ¡Acabara
de hablar yo para otro jueves!
Bien venido.

FRANCISCO: (La criada Aparte
es ésta; mas ¿si se quieren
los dos?)

MELCHORA: Echóse en la cama
por esperarle vestida
habrá dos horas el ama.
Dormilón es el don Gómez.

FRANCISCO: No ha causado mi tardanza
el sueño. Los pliegos fueron
que he recibido de Italia.

MELCHORA: ¡Qué de ello me debe, amigo!

FRANCISCO: Vos escogeréis la paga
a contento.

MELCHORA: Se la tengo
más que una cordera mansa;
no la diga pesadumbres.

FRANCISCO: ¿Yo, mi Melchora?

MELCHORA: A llamarla
voy; retírese allá afuera,
que no sé a quién siento.

Vase

FRANCISCO: (¡Ah, ingrata! Aparte
¿Para esto no hay llamar deudos
que con vos consultas hagan?)

Sale MONTILLA

MONTILLA: ¡Válgaos el diablo por pulgas!
Peores sois que las almas.

Pónese enfrente de la ventana

No he podido pegar ojo.
Mi dueño dejó la casa
a sus huéspedes en pena,
y como en las de amor anda,
que puesto que las ignoro,
las unas y otras abrasan,
tendrá aquí su purgatorio.
Oigan allí lo que pasa.
Él es. ¿No lo dije yo?
Rebózome la fachada,
y sus querellas escucho.

Rebózase

FRANCISCO: Cogióme el puesto el que traza
con embelecocos su muerte.
Escuchemos en qué paran
estos oscuros conciertos.

Sale don GREGORIO, rebozado

MONTILLA: Otro salió a la parada.
GREGORIO: ¿Dos hombres junto a su puerta?
El cuerpo lo hacen de guardia
¡Vive Dios! Que he de saber
quién son, o morir. ¿Quién pasa?

A don FRANCISCO

FRANCISCO: (Su mismo nombre me vengue.) Aparte
¿Quién lo pregunta?
GREGORIO: Quien anda
buscando a cierta persona.

Rebozados todos

FRANCISCO: Don Gómez soy.

GREGORIO: ¿Y se llama
Ávalos, Portocarrero
o cómo?

FRANCISCO: Yo tengo entrambas
noblezas y entrambos nombres.

MONTILLA: (Aquí comienza la danza.) Aparte

*Sale doña ANA, de hombre, y
BOCEGUILLAS*

BOCEGUILLAS: Tres a tres los rondanditos.

ANA: Hacia esa esquina te aparta,
y déjame a mí con ellos.

BOCEGUILLAS: ¡Qué lindo vocablo el hacia!

*Arrímase BOCEGUILLAS junto a MONTILLA sin
verle*

ANA: En forma estáis de pendencia;
mas no lo sufre la casa
a cuyas puertas se forja,
que miro yo por su fama.

Se pone entre los dos, rebozada

Servíos de mi cortesía
y, con ella, de esta espada,
sabiendo yo, si ser puede,
cómo os llamáis los dos.

GREGORIO: Basta
que vos lo pidáis así.
Yo soy don Gómez.

ANA: ¿Quién?

MONTILLA: (¡Vaya! Aparte
Ya tenemos dos don Gómez.)

FRANCISCO: El que eso finge os engaña,
porque yo el don Gómez soy.

BOCEGUILLAS: (Jueguen, pues, al tres en raya.) Aparte

ANA: Adviertan vuestas mercedes
que a la corte, desde Italia,
y desde la cuna hasta ella
ese nombre me acompaña.
¿Tres don Gómez? ¿Qué apellido
los guarnece?

BOCEGUILLAS: (¡Linda chanza!) Aparte

FRANCISCO: Yo soy Ávalos y luego
Portocarrero.

ANA: ¡Oh, qué gracia!
¿Y vuesa merced?

GREGORIO: También
esos títulos se enlazan
en mí con el de don Gómez.

ANA: No debe de ser sin causa
el triunvirato Gomezio.

BOCEGUILLAS: ¿Quién va allá?

MONTILLA: ¡Zape!

BOCEGUILLAS: ¿Quién anda
cedulón aquí de esquinas?

Tópanse sin verse

MONTILLA: Don Gómez.

BOCEGUILLAS: Tentad si es paja.
Todo Madrid se gozmenia.

MONTILLA: Y él ¿quién es?

BOCEGUILLAS: Don Gómez.

MONTILLA: Maula;
¿mas si llamase esta corte
doñas Gozmas a sus dayfas?

ANA: Concluyamos, caballeros;
no uséis mal de mi templanza:
decid vuestros nombres propios.

MONTILLA: (Apostemos que son almas Aparte
que tras don Gregorio vienen.)

A doña ANA

GREGORIO: A vuestro lado las armas
os ofrezco con la vida.

Júntanse

ANA: ¡Oh, amigo! ¿Vos sois?

GREGORIO: Me sacan
de mi casa y de mi seso
visiones de vuestra hermana.

ANA: ¿Veislo? ¿No os lo dije yo?
Pues, ¿qué ha sido?

GREGORIO: Es cosa larga.
Para después lo dejemos.

FRANCISCO: Señores, antes que el alba
madrugue, que ya se acerca,
por precisas circunstancias
me importa que el un don Gómez
de los dos del mundo salga.

ANA: ¿Cuál es de ellos?

FRANCISCO: El que finge
amistades que por falsas
doblecetes, que por civiles
le apresuran la mortaja.

GREGORIO: Será, caballero, fuerza
reñir con los dos.

FRANCISCO: Ventajas
tiene mi razón y enojo
para más que vengan.

Sacan los tres las espadas

PETRONILA: Abran
estas puertas.

Dentro

MELCHORA: Sí, señora,
 que a su don Gómez nos matan.

PETRONILA: Melchora, saca esas luces.

*Salen doña PETRONILA y MELCHORA, con
 luces*

MONTILLA: Vengan hachas.

BOCEGUILLAS: Vengan hachas.
 Serviremos de comedia,
 si es que esto en bodas acaba.

PETRONILA: ¡Don Gómez! ¡Amado primo!
 ¿Con quién lo habéis? ¿Vos la espada
 desnuda?

ANA: Templad los sustos.

PETRONILA: ¿Templar? ¿Pues qué es esto?

ANA: Nada.

PETRONILA: ¿Quién está con vos?

ANA: Mi esposo.

GREGORIO: ¿Mi quién?

ANA: Si valen palabras,
 vos sois el esposo mío.

GREGORIO: ¡Jesús! ¿Qué decís?

ANA: El alma
 que por vos ha andado en pena
 soy de la ausente doña Ana.

GREGORIO: ¿Alma vos? ¡Válgame el cielo!

ANA: ¿Qué tenéis?

MONTILLA: Miren si escampa.

ANA: Alma soy, que un cuerpo anima;
 cuerpo soy, que en ella os ama;
 vida tengo, por vos muerta
 mi opinión y vuestra fama.
 Para que ésta resucite
 y estotra se satisfaga,
 peregrinaron deseos

que atravesaron distancias,
inventaron sutilezas
y olvidaron a su patria.
Si amor tan firme merece
que se corresponda...

Llora

GREGORIO: Basta.

No lloréis, bella señora;
que el cielo de vuestra cara,
no alma en pena, cual fingisteis,
alma en gloria os me retrata.
¡Si antes yo os hubiera visto!

PETRONILA: ¿Hay tal cosa?

MELCHORA: ¡Lo que pasa
en el mundo!

BOCEGUILLAS: Lacayo hembro
he sido. Denme matraca.

PETRONILA: No le creáis, caballeros.
Advertid que aún nos engaña.
Ya sabéis sus artificios.

ANA: Por vos, señora, me holgara.
Doña Ana de Ávalos soy.

PETRONILA: ¿Y la Greida que os aguarda
con un hijo y mil promesas?

BOCEGUILLAS: ¿Qué Greidas, o calabazas?

PETRONILA: Vila yo por estos ojos.

ANA: Vistesme a mí transformada
en Greida, en Portocarrero,
en don Gómez y en doña Ana.

GREGORIO: Cuando no traigáis más dote
que las sutilezas raras
de ese ingenio, que eternicen
plumas, buriles y estatuas,
merecen que yo os adore.
Dadme esa mano.

Danse las manos

MONTILLA: ¡Oh, bien haya
 la madre que te ha parido!
 De éstas vengan mis fantasmas.

ANA: Bella doña Petronila,
 enriqueced esperanzas
 de don Francisco que, pobre
 de ellas, mi amistad maltrata.

PETRONILA: Lo que mandáis obedezco.

A doña ANA

FRANCISCO: Mi silencio os dé las gracias.

A doña PETRONILA

 Y a vos, señora, mi afecto
 el corazón.

MELCHORA: ¿Quién se casa
 conmigo?

ANA: Melchora, escoge,
 que, para que feries galas,
 docientos de oro te libro.

MELCHORA: Vengan; aunque sean en plata.

MONTILLA: Aquí estoy yo.

BOCEGUILLAS: Y yo también.

MELCHORA: ¿Ojearon la ganancia?
 Codiciositos me son.
 Pues yo he dado en ser beata.

ANA: ¡Qué gran bellaco que ha sido
 el Don Gómez! Si os agrada
 la comedia--¡oh, gran concurso!--
 decid, supliendo mis faltas,
 que han de ser así los hombres
 cuando engertos en las damas.

FIN DE LA COMEDIA